

BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas. — (Art. 15 de los *Estatutos*.)

Hotel de la *Institución*.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada.— Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y maestros, 5.— Extranjero y América, 20.— Número suelto, 1.— Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción. — Véase siempre la *Correspondencia*

AÑO XXIII.

MADRID 31 DE OCTUBRE DE 1899.

NÚM. 475.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

La educación de la voluntad (conclusión), por *M. F. Buisson*.—Notas d'um pae (continuación), por el *Dr. B. Machado*.—Revista de revistas, por *D. A. Sela* y *D. R. Rubio*.

ENCICLOPEDIA

Doña Concepción Arenal y sus obras, por *D. A. Posada*.

INSTITUCIÓN

Excursiones á pie desde Madrid.

PEDAGOGÍA

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

por *M. F. Buisson*,

Profesor de Pedagogía en la Sorbona.

(*Conclusión*.)

VII

¡Cuánto más brillante es la aplicación de esta ley, si se pasa de la sensación al *sentimiento*!

La educación de los sentimientos no pasaría nunca del amaestramiento animal, si no se aplicase á un primer fondo suministrado por la naturaleza; si no surgiesen en nosotros al primer golpe cierto número de tendencias afectivas, primeros movimientos del corazón, emociones cándidas, anteriores á toda cultura, impulsos bruscos y fugitivos y contradictorios, pero muy verdaderos y auténticos.

El niño tiene espontáneamente, y con la mayor sinceridad del mundo, momentos de ternura y accesos de cólera, simpatías y antipatías, superficiales, es cierto; repentinas

necesidades de amar sin causa y movimientos no menos inexplicables de mal humor; rasgos encantadores de afecto y otros de la más dura indiferencia; asombrosas intuiciones sentimentales, que conmueven deliciosamente el corazón de las madres, y poco después, bruscos regresos al egoísmo que las hacen llorar, malas hierbas que brotan mezcladas en este campo sin arar y que crecen en él confusamente. Por respetar este primer impulso de vegetación, es sin duda por donde hay que comenzar.

Pero muy pronto interviene la mano del jardinero, que quiere escardar, podar, limpiar. ¿Cómo se las arreglará? ¿Hace falta autoridad para imponer su voluntad, su elección, sus órdenes? Ninguna madre prudente pensará en ello; se dirigirá, solicitándola directamente, á la naciente voluntad del niño. Le ayudará á desprender, á desarrollar una buena tendencia, para oponerla á otra mala; un instinto noble, para combatir otro inconveniente. Le hará ejercitar cándidamente este poder de elección y de coordinación que, nótese bien, le es tan natural y tan innato, como contraria la inclinación al «*laissez aller*» pasivo y ciego, con esta diferencia: que el primero le cuesta, pero le hace feliz, y el segundo le arrastra, pero le deja descontento de sí mismo. Esta es la forma del esfuerzo voluntario en el orden del sentimiento.

Y aquí también el esfuerzo pasa, el hábito permanece. Al período de excitación, de exhortación, de presión, sucede una posesión tranquila del resultado adquirido y el goce pacífico de los sentimientos, que forman en lo sucesivo parte integrante de la naturaleza.

De aquí es de donde partimos para reconocer en un grado más elevado y sobre sentimientos más delicados, más complejos, más difíciles de fijar, el mismo trabajo y el mismo movimiento ascensional.

VIII

En el *orden intelectual*, hemos visto señalarse mejor todavía los tres grados de la voluntad.

Con M. Ribot hemos puesto como base de toda psicología de la *inteligencia* el hecho de la *atención espontánea*; y como él, hemos reconocido que la atención espontánea no es un acto de puro intelecto: no va sino donde la llama y la fija un interés, un atractivo, un deseo suficientemente vivo.

De aquí, esta primera y directa aplicación á la pedagogía: no querer ser más hábil que la naturaleza, comenzar como ella comienza: ante todo, atraer, como ella hace, esta atención espontánea del niño por los medios que pueden realmente provocarla. No pedir al niño, de primera intención, que se aplique á lo que no le interesa; sino hacer de modo que se interese, porque en seguida se aplicará, sin saberlo siquiera; ligarle con la narración que se le hace, con el objeto que se le enseña, con el juego que se le hace jugar, no exigiéndole atención, sino precisamente sin tener necesidad de pedírsela; hasta tal punto se habrá sabido cautivar su curiosidad, esta forma nativa é irreflexiva de su inteligencia.

¿Es esta toda la psicología, y será esta toda la pedagogía? Nada sería más falso. En este dominio, más todavía que en los otros, la segunda fase no puede tardar en abrirse. Entre tantos objetos que solicitan nuestro espíritu y cuyas seducciones pasajeras sufrimos indolente y alternativamente, es preciso que se nos enseñe á eliminar voluntariamente un gran número de ellos, para no retener más que algunos, que casi nunca serán los más atractivos, y que además perderán mucho del encanto que tiene para nosotros la novedad y la variedad. He aquí que comienza el esfuerzo, esfuerzo intelectual segunda y laboriosa forma de la atención, procedente sin duda de la primera; pero ¡cuánto más rígida!

Con la *atención voluntaria y reflexiva* se abre, en pedagogía como en fisiología, la larga fase de la lucha que constituye el hecho esencial de la educación, y, para decirlo de una vez, de la civilización.

Sólo que aquí también, en lugar de explicar este esfuerzo de atención por una especie de milagro permanente de la voluntad, el gran secreto del educador puede ser hacer con la atención artificial lo que hace la naturaleza con la atención espontánea; sencillamente producir el interés, que á su vez producirá la atención.

Esta es la conclusión de M. Ribot en psicología; la adoptaremos de buena gana en pedagogía, con la condición de impedir una mala comprensión. «Producir el interés» no debe, en nuestra opinión, entenderse exclusivamente como una especie de atractivo ejercido desde fuera sobre el espíritu: el espíritu no se interesa sólo por lo que se le presenta, se interesa por lo que él se representa; se interesa por su propio trabajo, por su propio juego, por su propio esfuerzo: el esfuerzo es á veces el más exquisito de los placeres. Se engañaría, pues, el pedagogo que quisiera que su alumno ignorase el esfuerzo intelectual, como Rousseau pretendía dejar que su Emilio ignorase á Dios.

En todas las operaciones del espíritu se puede distinguir un primer grado, en que el espíritu es casi observador pasivo, atraído, entretenido y seducido; y otro segundo, en que reacciona primero espontáneamente y como por relámpagos, después de manera continua y metódica; *mirar* es más activo que *ver*; *observar* es más activo que *mirar*; *recordar* y *reflexionar*, *abstraer* y *generalizar*, marcan grados superiores en el trabajo propio del espíritu; *juzar*, *razonar* son su coronamiento. Ahora bien; hasta este coronamiento es hasta donde hay que elevar poco á poco el espíritu del niño. Aprender á pensar sería imposible si no se aprendiese á querer. Razonar no es sólo pensar, sino querer pensar. El razonamiento es un pensamiento conducido, ó más bien, una serie de pensamientos, á quienes un esfuerzo de atención, es decir, de voluntad, obliga á alinearse en un orden lógico. Una gran fuerza de razonamiento supone una gran fuerza

de voluntad, aplicada á la dirección de la inteligencia. La reflexión es la atención en segunda potencia, ó en otros términos, la voluntad queriendo cogerse á sí misma. William James, ¿no ha definido la voluntad: la relación del espíritu con sus propias ideas?

Descuidar ó reducir el papel del esfuerzo en la vida intelectual sería mutilar esta vida. Y sustituir, en general, el esfuerzo por el interés, por el atractivo externo, sería quitar al hombre lo que le hace hombre, á saber, la facultad que tiene, ó que adquiere, de interesarse á sí mismo por cosas que no son forzosamente interesantes. Él es también productor de ciertas formas de interés, inventor de ciertos atractivos, que no residen en las cosas: serán, si se quiere, autosugestiones, pero que se convierten con frecuencia en los más poderosos móviles de acción.

Bajo esta reserva, que sólo es una explicación, podemos asentir á la regla de M. Ribot, que convierte el acto voluntario, aun puramente intelectual, en un fenómeno complejo por definición, siempre semiafectivo, semicognitivo.

Y la plenitud del resultado perseguido no se consigue, sino cuando este esfuerzo devenido insensible (no hay quizá que decir inconsciente), nos permite rehacer sin cesar y sin trabajo aquello que no hemos hecho la primera vez, sino por un acto de voluntad meritoria. El escolar que ha aprendido á estar atento, que ha ejercitado su memoria, que ha obligado á su espíritu á representarse las cosas desde luego sin verlas; y después las relaciones de las cosas; y luego, como dice Spencer, las relaciones de las relaciones mismas, es decir, abstracciones cada vez más alejadas de la observación sensible, es escolar que posee ya la madera del estudiante, para quien el esfuerzo mental se ha hecho ya natural y más que natural, puesto que ya no podría pasarse sin él sin sentirse como disminuído. Por tanto, la educación de la voluntad ha sido todavía normal en este caso, porque ha comenzado por utilizar un débil (pero muy débil) instinto de naturaleza, que ha tomado aparte para cultivar, que ha desenvuelto artificial y laboriosamente, y del cual ha hecho, por último, una segunda naturaleza, mejor que la primera.

IX

Hemos terminado esta revisión de los diversos dominios del alma, por aquel al cual conducen todos los demás. Y en este orden de la conducta, ó de la *actividad moral*, hemos encontrado nuestros tres términos en sucesión.

En él hemos visto también surgir y brotar espontáneamente del fondo de la naturaleza humana, no todavía ideas morales, ni sentimientos morales, sino primeras veleidades, que no por ser inestables y vacilantes deben desdeñarse. Sin duda el niño no tiene la noción abstracta y general de lo justo y de lo injusto, pero siente muy vivamente una injusticia: lo cual es una primera manera de comprender ó de adivinar la ley de justicia. No formulará él la regla de la igualdad; pero sus gritos, su llanto ó su cólera demostrarán que no soporta la desigualdad, por lo menos en perjuicio suyo.

¡Débiles y dudosas apariciones del sentido moral! Pero pensad qué sería un niño en quien no se presentasen. ¿Sería nunca posible hacer penetrar en su espíritu una noción del bien y del mal, si no tuviese esta especie de confusa y vaga anticipación, por analogía, por intuición? Es menester que el educador —y en la primera edad es una educadora— se aplique á favorecer estos imperceptibles comienzos de una moralidad casi instintiva. Dejad crecer este pequeño tallo apenas visible: y esperad: es la voluntad naciente. No la toquéis, ni aun para ayudarla á salir de tierra, y dejad obrar al sol, al agua del cielo y á la frescura de las noches y á los jugos nutritivos del suelo, y á la desconocida savia que la empuja á vivir.

No olvidemos que, al lado de los instintos que llamamos buenos, van á desarrollarse en el sér joven, con igual fuerza, los que llamamos malos: no son en realidad ni buenos ni malos; son como es la naturaleza, están y luchan unos contra otros. Y nuestra obra será intervenir para defender á los más débiles contra los más fuertes, la selección contra la masa, las inclinaciones más delicadas y más complejas, las más verdaderamente humanas, contra los apetitos simples, groseros y ciegos de la pura animalidad.

En este momento va á comenzar la segunda edad de la educación moral, la revelación del esfuerzo. Elegir es ya un esfuerzo; elegir lo más difícil y lo menos natural es el esfuerzo moral, que va á ser preciso enseñar al niño, y que el hombre mismo tendrá que aprender y reaprender hasta su última hora.

¿Cuándo comienza esta fase del aprendizaje moral? Nadie podría decirlo, porque ha comenzado mucho antes de que el niño pueda enterarse de ello. La madre le ha dicho: «es preciso», y se lo ha hecho comprender—¡oh milagro!—mucho antes de que supiera hablar ó andar. Su voluntad no lo es todavía, cuando ya se le ha solicitado, atraído, amenerado, ganado por las mil seducciones de la palabra, la sonrisa, el juego, el ejemplo, la caricia y la amenaza, el amor y el miedo, la imitación maquinal y la excitación nerviosa, sin contar los secretos influjos de la herencia.

Siempre ocurre que con la edad, con el desarrollo natural de la inteligencia, la educación llega á hacer directamente un llamamiento al esfuerzo voluntario. Se establecen y se oponen el bien y el mal. El maestro, que ha sucedido á la madre, representa una autoridad, que exige imperiosamente, en lugar de obtener por ruego, por sorpresa ó por persuasión.

Aparece la idea del deber, y con ella, la noción de que se puede, si se quiere. Es preciso, pues, querer.

¿Quién debe querer? ¿El maestro, ó el discípulo? Uno y otro. Pero la voluntad del maestro tiende por entero á suscitar la del discípulo. En este punto, se presentan dos métodos: el uno se dirige á un resultado inmediato, en apariencia muy satisfactorio, como es el de doblegar la voluntad del discípulo bajo la autoridad del maestro; el otro persigue distinto fin, incomparablemente más difícil: el de doblegar esta joven voluntad bajo una ley que ella misma se da y que ella respeta. Esta es toda la diferencia entre la educación autoritaria y la educación liberal. Obrar desde fuera ú obrar desde dentro. Tales son los dos sistemas de gobierno moral del niño, y más tarde del hombre.

Entre estas dos pedagogías, no hemos tenido para qué insistir acerca de nuestra elección y de las razones de ella. Pero nos hemos aplicado á precisar el verdadero carácter y las verdaderas condiciones de este esfuerzo, del cual hacemos, con los moralistas de la escuela liberal, el resorte maestro de la educación del carácter.

La ley comprobada en el orden fisiológico, se encuentra en todas las páginas de nuestra historia psicológica: el esfuerzo es un gasto de fuerza; el esfuerzo moral ó intelectual, lo mismo que el esfuerzo muscular, es por definición un fenómeno intermitente, porque es una especie de tensión del resorte, que debe seguir á un movimiento de extensión. Se podrá renovar, mas no continuarlo impunemente. Prolongarlo sería comprometer la máquina, pues que sería querer dar, á un engranaje esencialmente elástico, una rigidez que lo falsearía.

El educador se guardará, pues, de aspirar á una especie de continuidad de la tensión moral del alma. Tratará de no olvidar, ó de recordar á tiempo, que el ejercicio de la voluntad debe componerse de una larga serie de pequeños movimientos distintos, y no consistir en un largo movimiento, uniformemente sostenido. Si esta alternativa de trabajo y descanso, de energía y de *laissez aller*, se impone hasta al adulto en todas las formas de su existencia, ¡cuánto más preciso es procurar al niño esos intervalos de descanso, sin los cuales su buena voluntad hasta se agriará ó se agotará! Es un escollo temible para los mejores pedagogos, el no saber detenerse del lado de acá del límite en que empieza la fatiga, es decir, el desgaste del resorte mismo. Hay siempre entre nuestro poder de aplicación intelectual ó moral, y el de nuestros discípulos ó nuestros hijos, una distancia considerable, que nosotros tendemos á disminuir á sus expensas, en nuestra impaciencia por ellos. Aprendamos á ser pacientes y, como decía Rousseau, á perder tiempo para ganarlo.

Lo que mejor nos ayudará á esto es darnos bien cuenta del verdadero papel del esfuerzo en la vida moral. Será el medio de no estimarlo, ni demasiado alto, ni demasiado bajo. Y para esto es menester fami-

liarizarse con las nuevas nociones que nos revela la biología.

Mirad bajo un poderoso microscopio el más pequeño fragmento de tejido orgánico; en él distinguiréis millares de células, que se yuxtaponen, se dividen, se ramifican, se entrelazan, verdaderos átomos de la vida: es todo un mundo, y este mundo no forma más que un individuo que vive; esta indescriptible multiplicidad termina en la unidad perfecta del sér viviente. Imagen exacta de esa es otra vida, la vida del espíritu. También esta se compone de un número infinito de actos infinitamente pequeños: esas veleidades que pasan á ser voliciones, esas voliciones que pasan á ser voluntad, esos reflejos que poco á poco se impregnan de cierta conciencia, y esos movimientos conscientes que acaban en movimientos voluntarios, esos impulsos y esas inhibiciones, cuyos orígenes ignoramos y cuyo juego acaba por crear una actividad psíquica que nada tiene de análogo en todo el resto del universo: todas estas series entrecruzadas de fenómenos más que diversos, y que desde lo más bajo de la vida vegetativa nos hacen subir á las cimas de la vida moral. ¡Qué imaginación no quedará confundida ante esta red de tan infinita extensión, de tan delicada fragilidad, de complicación tan inextricable!

Pues bien; igualmente que la vida no es para nosotros una cosa sencilla, como la palabra que la designa, sino una unidad formada de millares de células vivientes, cada una de las cuales es imperceptible, así la vida moral no nos aparece más que como la resultante de innumerables actos, cada uno de los cuales es insignificante. Es, como la vida del cuerpo, un perpetuo devenir: se resuelve, en último análisis, en una sucesión de elementos microscópicos, que se encadenan hasta el infinito.

Y precisamente, exclusivamente, sobre estos infinitamente pequeños, es sobre los cuales obra nuestra acción de educadores. Comprimir al sér humano y como en lucha abierta, de una vez, trasformarlo á nuestra voluntad: esto es lo que no podemos hacer. Pero tomar al niño, sér móvil y plástico, materia fugitiva y pasajera, á la que cada día, cada hora, se agrega algún átomo nue-

vo, granos de arena ó más bien granos de vida que se acumulan y se combinan en una elaboración insondable; tomar á ese niño, ó por lo menos algo de él, en los millares de actos pequeños y fugitivos, por los cuales nos dá dominio sobre él: esta es nuestra función. ¡Cuán poca cosa! diréis quizá. Si lo decís, es que no habéis reflexionado bien todavía en lo que hay de contingente en la naturaleza humana, y quizá en la naturaleza toda. Cada una de estas pequeñas victorias no es nada, sin duda. Indudablemente la inconsistencia del niño, su versatibilidad, su ligereza, hacen que parezca siempre que hay que volver á comenzar. Pero, pensad en ello: ¿no es también esa plasticidad de la infancia la razón de ser de la educación? Los incesantes movimientos de esas corrientes invisibles que remueven sin cesar el fondo de su sér; la insignificancia de todos esos movimientos, tomados aisladamente, y su incesante repetición en tantos sentidos imprevistos; la imposibilidad de medir su efecto inmediato ó de calcular sus lejanos golpes de retroceso, ¿no será justamente, en el orden práctico, la más segura garantía de nuestro libre albedrío y nuestra mejor razón de no desesperar nunca? ¿Quién puede decir cómo se determinará finalmente un sér tan débil á quien van á solicitar durante años de formación lenta, tantos millares de imágenes y de ideas, de sensaciones y de sentimientos, de atracciones, de presiones de arriba y de abajo?

Desdeñáis este infinitamente pequeño del detalle de la vida escolar: ¿qué es una clase de más ó de menos, una lección aprendida ó no, un resumen bien ó mal hecho, una palabra de estímulo ó un silencio indiferente, un ejemplo, una palabra, un gesto, una mirada? Estas nonadas son el polvo del que hará el tiempo un duro granito. Y estas nonadas están en vuestra mano: en este grado infinitesimal puede infiltrarse en él vuestra acción. Nunca ocurrirá que os apoderéis irrevocablemente de su naturaleza; pero os ocurrirá mil y mil veces que depositéis en él una semilla ignorada, que podrá permanecer inerte é infecunda, pero que también podrá germinar.

Nadie sabe, ni aún vosotros, si una pe-

queña resolución tomada un día por el escolar sobre cualquier pequeña cuestión de su vida infantil, será ó no el primer término de una serie destinada á continuarse más allá de todas las previsiones. Lo que es seguro es que no hay acto que no deje una huella; ninguno que no pueda ser un comienzo de hábito; ninguno que no sea un peso apreciable en la balanza en que se pesan estos imponderables, de los cuales se hace un carácter y por consiguiente un destino. No es preciso más para penetraros á la vez de la humildad de vuestra obra y de su grandeza: trabajáis para formar un carácter, como la naturaleza para formar un banco de coral; elaboráis la sustancia del sér moral, molécula tras molécula, átomo tras átomo. No hay aquí nada grande, si no es esta adición sin fin de lo poco á lo poco. El esfuerzo voluntario es en la vida moral tanto y tan poco como el esfuerzo muscular en la vida física. Niño ó adulto, ¿qué puede el hombre? Ocurre con su voluntad como con los latidos de su corazón: si el ritmo es corto, la más fuerte provisión de aire que puede almacenar no pasa de algunos segundos, y su mayor provisión de virtud basta apenas para hacer frente á la menor crisis; después de lo cual, necesita volver á tomar aliento, y después fatigarse de nuevo en otro esfuerzo, que no será el último.

Un observador superficial le dirá: «Pobre luchador, tú no avanzas: ¿para qué luchar siempre, siempre levantarte para caer siempre?»

Pero este observador se engaña. La prueba de que cada una de estas pequeñas victorias le deja, sin que lo note, un poco más adelantado, y que llega un momento (¿cuándo, cómo, por qué? nadie podría decirlo por otro, ni por sí mismo), en que cesa el esfuerzo. Cesa por lo menos de ser esfuerzo; se convierte en un estado, y esta es la tercera fase de la evolución de la voluntad. Lo que tanto había costado, no cuesta ya. No hay ya la amargura de la renuncia, el dolor sangriento del sacrificio: hay paz, calma y sangre fría; bien pronto habrá un sentimiento de íntima satisfacción. Se diría que es el efecto de una velocidad adquirida que ha hecho franquear el obstáculo casi

sin verlo. El primer acto de probidad ejecutado por un niño, el primer juguete ó la primera moneda que haya encontrado y devuelto, la primera privación que se haya impuesto para agradar ó hacer un servicio á alguno de los suyos, la primera confesión espontánea de una falta que hubiese podido ocultar por la mentira: cada uno de estos pequeños esfuerzos ha sido un acontecimiento en su vida, y probablemente ha sido preciso que se repitiesen más de una vez antes de hacerse familiares y fáciles. Pero, un poco antes ó un poco después, esto ha entrado tan bien en su sustancia, que hará corrientemente, no sólo sin una segunda duda, sino sin siquiera pensarlo, lo que en otro tiempo le parecía exigir tanto valor.

¿Es preciso decir que este estado final es moralmente inferior al precedente, bajo el pretexto de que donde no hay esfuerzo ya no hay mérito?

¡Concepto rudimentario del mérito, recuerdo infantil de las astucias maternas para estimular una buena voluntad vacilante! El objeto que hay que alcanzar en la educación es el bien. Y el bien es, no un acto, sino la serie de actos; no es el accidente feliz, es el estado permanente; no es el hecho de un día, sino el de todos los días. ¿Qué se persigue en la educación? Ha sido preciso comenzar por obtener por primera vez, á gran precio, este equilibrio; pero lo importante es fijarlo. Es preciso, á cualquier precio, privarlo de este carácter aleatorio, que hace el interés del drama moral, en tanto que su salida es dudosa. Cuando no lo sea ya, será la victoria; ya no hay combate. El interés y el esfuerzo no se concentrarán ya en un detalle; se dirigirán al conjunto. El conjunto es el verdadero fin; sin duda el fin supone los medios; pero ¡cuánto los sobrepaja! El hábito de la virtud es el término adonde van á consolidarse los actos aislados de la virtud. La moralidad sin esfuerzo es dos veces virtud, precisamente, porque nos eleva hasta el punto de que no nos vemos ya tentados á admirarnos por haber simplemente cumplido nuestro deber. Estamos más cerca de la verdad última de las cosas y de la justa evaluación del verdadero mérito y de la verdadera dignidad, cuando, después de ha-

ber obrado bien, decimos con toda sinceridad: «Lo que yo hago es la cosa más natural del mundo,» que cuando decimos, á nuestro pesar: «Es hermoso lo que acabo de hacer.» La prueba es que, si yo felicitase á alguno de entre vosotros por haber devuelto una moneda de oro que se le había dado de más por una equivocación en un almacén, haría más que ofenderse: no me perdonaría el haber dudado de él.

X

Así se concilian las tres grandes teorías de la educación moral.

La teoría optimista de Rousseau, que cree en la bondad nativa del hombre y parece proponernos el encontrar ese paraíso perdido: el estado de naturaleza; la aceptamos; pero limitándola al primero de nuestros tres períodos, á la educación más primitiva.

La teoría estoica y kantiana, que apela incesantemente al esfuerzo y á la libertad, la aceptamos para la segunda fase, que es mucho más larga y laboriosa, y hacemos entrar en ella, con el esfuerzo moral propiamente dicho, todas las demás modalidades del esfuerzo fisiológico y psicológico, y muy esencialmente las diversas variedades del esfuerzo intelectual.

Por último, la teoría cristiana, que cuenta tanto con el efecto de los hábitos, con la autoridad aceptada, con las prácticas establecidas, con los influjos exteriores que vienen poco á poco y sin cesar á moldear la voluntad, también la aceptamos; pero sólo en donde su imperio nos parece legítimo y sin peligro, es decir, en lo que hemos llamado el tercer período, donde no hay ya más que mantener por el ejercicio un estado de adiestramiento debidamente preparado.

Todavía hay que añadir que, como estos tres estados existen simultáneamente en nosotros, los tres métodos también se encuentran en ejercicio simultáneamente en los límites de los dominios respectivos que les asignamos.

XI

Tratemos ahora de deducir.

De nuestras observaciones sobre los diversos capítulos que acabamos de bosquejar,

¿se pueden sacar algunas reglas generales para la pedagogía de la voluntad?

He aquí muy sumariamente lo que vemos:

I.—La psicología nos ha dicho:

La voluntad no es una facultad especial, limitada á cierto dominio y que se ejerce en determinadas formas. Es la fuerza espiritual en su plenitud, es decir, en su unidad y su variedad, en las diferentes fases de su desarrollo, desde la espontaneidad rudimentaria del instinto hasta la plena y clara posesión de sí mismo por la actividad consciente, libre y razonable.

De aquí deducirá la pedagogía:

No hay educación especial de la voluntad. Toda educación es una educación de la voluntad, ó no es nada. Se forma la voluntad aprendiendo á pensar, á sentir y á obrar normalmente. Querer no es otra cosa que conducir su espíritu.

Y conducir su espíritu no es sólo cuestión de lógica, sino el acto complejo por excelencia, donde entran siempre, aunque sea sin saberlo nosotros, innumerables elementos afectivos, representativos y activos. Aprender á querer es aprender á pensar y á amar, á obrar y á reobrar, á gobernar con un fin un inmenso aparato cuyo mecanismo ignoramos, pero cuyos movimientos nos aparecen bajo los nombres diversos de instintos, sentimientos, pensamientos y voliciones.

Si la voluntad es la fuerza unificadora que sujeta las pasiones á la razón, los caprichos de la imaginación á las leyes del pensamiento, y que conduce estas mismas leyes á la ley suprema del bien, el educador habrá hecho algo por la voluntad cada vez que haya provocado una idea justa, un sentimiento noble, un acto de energía; cada vez que haya contribuido á fortificar una buena inclinación ó á debilitar una mala, á rectificar un pensamiento inexacto, á hacer ver un poco más claro en el fondo de cualquier partícula de la realidad externa ó interna. No se puede querer bien más que si se sabe lo que se quiere. Sería un vano juego de palabras, ó—si se tomase en serio en la práctica—un error craso de la educación, intentar cultivar aparte, por una especie de selección artificial, y sobreexcitar en un educando la

voluntad sólo, prescindiendo de la inteligencia y del corazón. No se quiere á ciegas, por querer; se quiere porque se ama, y en la medida en que se ama. Que la voluntad no se reduce al deseo, se ha demostrado cien veces; pero la voluntad no por esto es sino un deseo superior, que se opone victoriosamente á deseos más bajos: un deseo razonable, un deseo de hombre, que impone silencio á los del animal. Que la voluntad no se reduzca á la fría y seca operación del entendimiento, lo concedemos sin trabajo. Pero que haya voluntad donde no hay entendimiento, que se pueda querer sin pensar y querer bien sin pensar bien, es lo que nos ha enseñado á negar Descartes, y hemos meditado sus profundas palabras: «A toda gran claridad en el entendimiento sigue una gran inclinación en la voluntad.»

II.—La psicología nos revela la voluntad bajo dos aspectos: como fuerza de impulso, como fuerza de inhibición: dos funciones, una estimulante, otra represiva, que parecen oponerse: la una se diría que tiene el fuego del deseo y el ímpetu de la pasión; la otra es el *veto* de la prudencia, la resistencia razonada á un primer movimiento que nos arrastraría; el resultado de una elección, de una comparación, de un cálculo de las consecuencias.

La pedagogía encontrará en la educación de la voluntad dos aspectos correspondientes. Alternativamente, será preciso suscitar fuerzas vivas, estimular el valor y la iniciativa, provocar en el organismo una especie de dichosa y sana excitación, que se traducirá en actos prontos, vivos, osados, temerarios quizá; pero de esa temeridad que vence siempre en la juventud. Y en otros casos, será preciso que el joven sepa replegarse sobre sí mismo, imponerse un tiempo de examen y de reflexión, aplicar toda su fuerza de ánimo á retenerse y contenerse, ejercitarse en entrar, á pesar de todo, *compos sui*, en posesión de sí mismo: lo cual puede aplicarse á la sensibilidad, á la inteligencia, á todas las formas de la actividad del cuerpo y del espíritu.

Estos dos tipos de educación son en cierto modo la traducción pedagógica del doble precepto estóico *sustine* y *abstine*, ex-

tendiéndolo, de la sensibilidad, á todos los demás estados del alma. *Sustine*: ten el valor de soportar el dolor, de sufrir la fatiga, y á este precio, de obrar, producir, poner en movimiento las fuerzas que dormitan en tí; es el esfuerzo activo y positivo. *Abstine*: es el otro valor, el de renunciar al placer, de rehusar aquello de que se tiene más gana, de resistir al instinto, de hacer frente á la pasión, á sus sofismas, á sus seducciones; es el esfuerzo privativo y negativo, quizá más difícil que el primero, más penoso, por lo menos, por lo que debe prolongarse, mientras que aquel obra de un solo golpe, rápido y decisivo.

III.—La psicología nos ha mostrado sucesivamente en todos sus capítulos la voluntad del sér humano pasando por tres fases: la *actividad espontánea*, ó primer movimiento instintivo; después, la *actividad consciente y reflexiva*, que se manifiesta por el esfuerzo; luego, la *actividad habitual*, feliz síntesis de las dos precedentes.

A cada uno de estos tres estados psíquicos, corresponde un tratamiento pedagógico, que no convendría á los otros dos.

Para la fase de expansión es preciso una política expectante y, por decirlo así, voluntariamente ignorante: dejad hacer y dejad obrar; dejad al alma joven que se abra y se despliegue, como corre el agua, como crece la hierba, como canta el pájaro; es la ola sagrada de la vida que surge, no penséis en canalizarla en su origen. *Primum vivere, deinde philosophari*. Dejad que el niño tome gusto por la vida, por la vida de los sentidos, por la vida de la inteligencia y de la voluntad, en toda su loca exuberancia. No le quitéis los primeros y cortos minutos de la alegría de vivir. La peor de las educaciones es la educación triste. Entre nosotros, en Francia, en que tantas cuestiones se discuten, ésta no lo es: el método maternal es en nuestra pedagogía una tradición constante, que han mantenido sin trabajo todas las mujeres que han hablado de educación, desde Mme. Guizot y Mme. Necker de Saussure, hasta Mme. Pape-Carpantier y Madame Kergomard.

Pero en seguida viene la fase del esfuerzo consciente. Será tan larga como breve

fué la anterior; será casi la edad ingrata. Y sin embargo, ¡cuántas bellas y nobles luchas en esa semi-oscuridad de la transición! Aquí es donde la educación física, la educación intelectual y la educación moral concentran todos sus medios de acción. Aquí es donde se forja la voluntad á golpe de esfuerzos. Pensar aquí en el trabajo atractivo, la instrucción por el juego, los métodos abreviativos, los procedimientos recreativos, el estudio sin contención de espíritu, la moralización sin lucha y como automática, ¿no sería renegar del programa mismo de la educación liberal y sustituir en él no sé qué amaestramiento?

Luego nuestra pedagogía no insistirá nunca demasiado sobre esta gimnasia de la voluntad, que llena verdaderamente la infancia y la adolescencia. ¿Tengo necesidad de recordaros la bella página en que el psicólogo de Harvard terminaba, hace algunos años, un estudio sobre la voluntad? «Hay muchas medidas, decía W. James, para medir la voluntad humana. La más exacta y más segura es la que se expresa por esta pregunta: ¿de qué esfuerzo sois capaz?» Nosotros hemos suscrito á esta opinión.

Y, sin embargo, nos hemos guardado muy bien de pasar en silencio ó de poner en un plano secundario al tercer estado, coronamiento de todo este edificio. Gracias al esfuerzo, el esfuerzo no tiene ya razón de ser. El hábito ha engendrado la aptitud. Basta mantenerlo. Que se trate de sentimientos que cultivar, de conocimientos que enriquecer, de energías físicas, mentales ó morales que defender contra el deterioro que propondría del desuso, está bien entendido que nos es preciso vigilar para no incurrir en la famosa acusación: «tú sabes vencer, tú no sabes usar de la victoria.»

Una sola observación hay que añadir sobre la buena interpretación de esta ley de los tres estados. Sería entenderla muy mal suponer que, de una vez para siempre, el alma entera pasa en conjunto de una á otra de estas tres fases. Hay, por el contrario, que tomar aparte cada una de nuestras sensaciones, cada uno de nuestros sentimientos, cada una de nuestras facultades intelectuales, de nuestras cualidades morales, y re-

presentarse que todas siguen esta marcha, pero muy desigualmente, cada una con su velocidad propia y encontrando en cada individuo una resistencia que varía con las naturalezas. No sólo de un hombre á otro, sino en un mismo hombre, hay las más asombrosas desigualdades de desarrollo entre las diversas facultades. Tal de entre nosotros ha llegado á un alto grado de cultura por cualquier lado de su inteligencia, que está todavía en estado embrionario para tal orden de sentimientos. Un artista de genio puede ser un niño por el carácter; un matemático estar desprovisto de sentido estético. Hay quien es capaz de heroísmo y no puede resistir un movimiento de mal humor. Le son necesarios, al uno, esfuerzos meritorios para triunfar de una tentación, que ni siquiera rozará al otro, é inversamente. Se ha dicho que hay entre nuestros contemporáneos gentes que están en pleno siglo XIII; hay igualmente, en el fondo de las almas más y mejor cultivadas, ciertos rincones que han quedado de barbecho y que forman con el resto un singular anacronismo.

El famoso desarrollo armónico de las facultades no es más que un voto piadoso. Y es quizá éste uno de los principales motivos que deberían incitarnos á la tolerancia, impedirnos desesperar de nadie, despreciar y odiar. Para una vista suficientemente perspicaz, habría sin duda pocas almas santas en que no hubiera algunas manchas; pocas almas manchadas, que no hayan conservado un punto intacto y de una pureza divina.

Si no podemos pedir á los hombres que recuerden estas cosas que no han tenido tiempo de escuchar, acordémonos siempre de ellas con respecto á los niños. Y en lugar de lamentarnos de las lagunas, de los desfallecimientos, de las rupturas de equilibrio, de las bruscas y chocantes faltas de armonía que comprobemos en estos pequeños, ingeniémosnos para ver de cerca las diversas partes del desarrollo de cada uno, y tratemos de apoyarnos sobre aquellas que van más adelantadas, para estimular á las más perezosas.

IV.—La psicología no se limita á hacernos comprobar el hecho general del paso

del instinto al esfuerzo, y del esfuerzo al hábito. Nos hace tocar sus consecuencias; nos muestra que este ritmo es la condición de todo progreso.

Cuando en una facultad cualquiera llegamos al estado de hábito ó de adiestramiento, este término superior se convierte á su vez en el punto de partida de una nueva serie. Porque el hábito nos ha hecho dueños de una parte del dominio que hay que conquistar, es por lo que podemos apoyarnos en él para llevar nuestro esfuerzo un poco más lejos. Si no se hubiese transformado, por decirlo así, en terreno sólido lo que no era al principio más que arena movediza, no avanzaríamos jamás.

Se puede decir de estas fijaciones y de estas adquisiciones debidas al ejercicio, lo que los economistas dicen del capital: son trabajo acumulado, y por esto mismo, el medio de producir un nuevo trabajo. El capital no está hecho solamente para un goce ocioso; el capital se hace útil y trabaja á su vez.

Igualmente, la cualidad moral ó física que hemos logrado adquirir de una manera definitiva, no es para nosotros un adorno, un lujo, un simple origen de satisfacción: se convierte en un medio de hacer más y mejor. Fácilmente comprendéis hoy lo que en otros tiempos os era ininteligible; la consecuencia será que vais á aplicar vuestro pensamiento á nuevos objetos, que os parecerán á su vez tan difíciles como lo eran en otro tiempo los primeros. Vuestra razón ha triunfado de vuestras pasiones; vuestra conciencia os va á pedir más, porque ahora ve más claro y no podrá ya contentarse con tan poca cosa. Cuando subís las largas pendientes escalonadas de la alta montaña, á cada alto que hacéis os halláis más arriba, pero en cada alto veis mejor que hay que volver á partir y subir todavía, y subir siempre más pendiente. *Excelsior!*

Si es este el sentido de la vida, debe serlo también de la educación.

Habituad gradualmente al niño á esta verdadera medida del deber; el deber sube, á medida que nosotros subimos; el progreso no es un movimiento que va hasta un cierto término; el progreso es el movimiento

mismo; el día en que cesase el movimiento, cesaría el progreso.

Que la escuela, desde sus más modestos comienzos, inicie, pues, al niño en esta concepción evolutiva y progresiva de la vida moral; que no le aprisione en un horizonte limitado, y que no atrofe en él el sentido del progreso, que es el del infinito. Sin duda, á la vista del corto alcance del niño, hay que proponer un fin inmediato, un término preciso y próximo que tenga la posibilidad de alcanzar. Pero no hay que hacerle creer que todo habrá acabado, una vez conseguido este fin. No hay que matar en él el instinto de lo mejor; hay, por el contrario, que habituarlo á mirar lejos, por delante de de él, á que no crea nunca que va á poder saldar su cuenta con la conciencia. Y desde este punto de vista, tengamos cuidado de que ciertos procedimientos escolares, excusables, útiles, necesarios quizá un tiempo, no se hagan peligrosos prolongándose más allá de su primera edad. Hemos debido quizá en el niño pequeño provocar, estimular el esfuerzo por medios indirectos, por el incentivo de una recompensa ó el temor de un castigo, convencionalmente aplicado á tal ó cual acto. ¡Que todo esto se borre y desaparezca poco á poco con los juguetes de la primera edad! Si el alumno debiera salir de la escuela ó del liceo con esta noción pueril de una contabilidad moral muy correcta, que se salda en debe y haber por tantos buenos puntos, tantos premios y tantos accésits, tendría la idea más miserable y mezquina de su deber y de su destino. Cuanto más bien se hace, más se encuentra por hacer. En este dominio, nunca se acaba de aprender.

Sólo es hombre el que, no haciendo de la vida un cálculo estricto de intereses de breve ó lejano logro, se deja llevar hacia un fin ideal por una inspiración generosa, sin poder decir justamente lo que gana con él; el que consiente en amar el bien por el bien, lo bello por lo bello, lo verdadero por lo verdadero, sin tener de antemano calculado su salario. Vivir, vivir como hombre, es esto precisamente: dejar que el corazón palpite á todas las nobles emociones, dejar que el pensamiento se poseione

de todas las verdades, dejar que la voluntad se sacrifique por todas las causas nobles; para el resto, remitirse, confiando en él, a uno más grande que nosotros, que ha puesto en nuestra alma todos estos instintos y que sabe sin duda á lo que tienden. Este espíritu es el que la educación liberal debe oponer resueltamente al otro.

V.—Sobre la cuestión de los móviles y sobre la de las sanciones, la psicología arroja alguna luz, de que deberá aprovecharse nuestra pedagogía.

Pretender dirigir la voluntad por una sola de las potencias que la constituyen; pretender excluir los móviles y no guardar más que los motivos, y aún un solo motivo, el de la razón pura, es intentar beberse el mar cuando se haya extraído el agua de los ríos. En otros términos: es olvidar que hay muchas edades en la voluntad, muchos grados de volición, que, aún en el grado más alto de ésta, no se halla nunca pura de todo deseo, de todo instinto, de todo interés, de todo sentimiento; en suma, de todo lazo del individuo consigo mismo; que, por consiguiente, la más sencilla al parecer de nuestras determinaciones no lo es nunca bastante para que no se mezclen en ella, en proporciones diversas, muchos elementos afectivos, cognitivos y activos. Separarlos, es un ejercicio que recomendar á los aficionados al análisis psíquico; asociarlos, hacerlos concurrir de una manera íntima y casi indivisa á la obra práctica de la educación, debe ser, por el contrario, el arte del educador: no se sabe nunca de cuántos arroyos está formado el gran río de la vida moral.

VI.—Finalmente, y esta última observación tiene su importancia, porque no hay que creer que sólo hay que seguir la pendiente de la naturaleza: ¿cuál es en psicología el hecho esencial y característico de la voluntad? Puede llamarse sencillamente: «el dominio de sí mismo.» Consiste en lo que M. Ribot ha llamado muy felizmente un poder de coordinación con subordinación. La coordinación no es posible, si no existe un principio único y supremo al cual se subordina todo; todo orden supone un punto central, con relación al cual se clasifica todo,

una vista de conjunto que domina los detalles, un fin al que todo concurre.

Ahora bien: este fin, esta ley, esta unidad, no hay que creer que se desprende sola y sin trabajo del caos de nuestra vida sensitiva. Es preciso un esfuerzo, y muy rudo. En esto es en lo que la doctrina cristiana del pecado está más cerca de la verdad que todas las formas superficiales é indulgentes del optimismo, que afirman que el hombre es bueno, para dispensarse, á lo que parece, de trabajar para hacerle bueno. No es bueno de nacimiento; puede llegar á serlo, pero por un trabajo, que es casi un milagro. La masa de las inclinaciones instintivas y animales es, con mucho, la más voluminosa, la más pesada, la más invasora. Para que la razón se alumbre en estas tinieblas, para que dome á la bestia, para que haga prevalecer al espíritu sobre la materia, es preciso que la voluntad del hombre consienta en elegir, en contra del curso natural de las cosas, lo que los sabios llaman la línea de mayor resistencia; que opte una vez, cien veces, siempre, por el acto más difícil. Se ha podido decir que el criterio más simple de la moralidad es éste: «de dos acciones entre las cuales dudas, elige la que te cueste más.»

Este es el papel de la voluntad racional, es decir, de la voluntad en su más alta potencia. De un individuo hace una persona, y alguien ha dicho: «De mil hombres, no hay uno que sea una persona.» La obra propia de la voluntad es establecer á la larga este dominio de sí mismo, dominio relativo de la emoción por el pensamiento, y del pensamiento por la acción. Decimos relativo y progresivo, porque nuestra vida entera se pasará en ganar palmo á palmo un poco de terreno para la razón contra la pasión, para el deber contra el interés, para la voluntad libre contra el apetito ciego.

Esta definición psicológica inspira, ya lo adivináis, toda una pedagogía nueva.

Sin duda, no se desterrará de ella la idea de obediencia, eje de la antigua educación; pero, excepto en la primera edad, que no puede apropiarse las ideas, sino realizadas por personas vivas, lo que habrá que enseñar es la obediencia de la voluntad á su propia ley, la autonomía moral.

Aun á los niños mismos, sobre todo, hay que tener el valor de decirles la verdad, enseñándoles el dominio de sí propios, dominio que al principio se manifestará, lo más á menudo, por la obediencia. Pero obedecerán, poco á poco, de igual manera y por los mismos motivos que obedecemos nosotros: no es á la fuerza, á la costumbre, á la orden no comprendida ni explicada de una autoridad exterior, á lo que aprenderán á obedecer; doblegarán su voluntad, como la doblegamos nosotros, ante la voluntad universal, que se enuncia bajo todos estos nombres, de sentido tan próximo: Razón, Deber, Verdad, Justicia.

XII

Al acabar este resumen, y os pido perdón por haberlo hecho á la vez tan largo y tan incompleto, no tengo que dirigiros más que una pregunta. ¿Creeis, sí ó no, que haya en las doctrinas que hemos estudiado juntos, elementos de una educación de la voluntad, tal como la reclaman nuestro tiempo y nuestro país?

Por mi parte, estoy convencido de ello. Y creo además que esta pedagogía, refiriéndose á sus grandes líneas, es precisamente la que constituye el fondo de la educación universitaria francesa, desde la escuela primaria hasta los liceos y las facultades.

Otros han preconizado métodos inspirados por la desconfianza en la naturaleza humana; han pedido que se les entregue el niño, y después la mujer, y después el hombre, como si tuviesen necesidad de tutela; han prometido ejercer esta tutela para bien de la humanidad, y creen que prestan un servicio á la naturaleza humana, continuando indefinidamente su protección contra ella misma, haciéndose, especialmente por la educación, desde la cuna á la tumba, los intermediarios entre Dios y la humanidad.

No aceptamos para el hombre este papel de menor perpetuo. Deseamos que se le ponga lo más pronto posible en posesión de una voluntad que sea suya, de una razón y de una conciencia que sean suyas.

No ignoramos las dificultades ni los peligros de esta obra. Pero ningún peligro es

comparable al de resignarse á no pertenecerse á sí mismo, á pensar y á querer por procurador.

Aceptando la pesada carga de la libertad para nosotros y para nuestros alumnos, creemos hacer, no sólo una obra moral y filosófica, sino una obra profundamente religiosa.

Como decía hace poco ese pensador, con quien nos hemos encontrado tantas veces en este curso, M. Payot: «Tener el respeto de la naturaleza humana en sí y fuera de sí, ¿que es, sino realizar en sí y fuera de sí el reino de Dios?»

Compadezcamos á los que, no sabiendo ver á Dios sino á través de las formas confesionales, no lo encuentran en el fondo de nuestras doctrinas y no perciben que en ninguna parte está tan presente y obra tan profundamente como en este humilde santuario de la educación, á quien ellos llaman «la escuela sin Dios».

Compadezcámoslos, porque no sienten que educar á los niños en el constante cuidado del respeto á su naturaleza y en el constante esfuerzo para educarse en el bien, es precisamente educarlos en la atmósfera misma de lo divino, hacerles respirar el Evangelio mismo, penetrarlos de Dios: no, sin duda, del Dios en imágenes y en fórmulas, sino del Dios en espíritu y en verdad. Tenemos sobre nuestros contradictores, por lo menos, la ventaja de que sabemos separar lo que hay de divino en su culto y respetarlo profundamente, lo cual ellos no saben hacer con el nuestro.

En todos los tiempos, las religiones reinantes han llamado ateísmo la religión de mañana. Sócrates y Jesús no han cometido otro crimen. Dejémonos, pues, tratar de ateos, con tal que nuestra enseñanza, despertando en el fondo del alma de nuestros hijos la chispa sagrada, continúe haciéndoles adorar en Dios, no la palabra, sino la cosa, y poniendo á cada uno de ellos todos los días de su vida, frente á frente, en el secreto de su corazón y de su conciencia, en contacto vivo con lo divino.

NOTAS D'UM PAE

por el Prof. hon. Dr. B. Machado,

Catedrático de Antropología en la Universidad de Coimbra (1).

(Continuación.)

Quando as creanças choram por um objecto, não é sempre para se utilizarem d'elle, póde ser para o servirem aos outros. Domingos, de dois annos, queria a todo transe ter o assucareiro para andar a offerecer o assucar ás pessoas de familia. E não era para ter o prazer do movimiento, por que elle offerencia mesmo do seu logar, passando apenas o assucareiro.

Quem não sabe, tem a tendencia para responder mal. «De quem são estas casas?» «Eu sei lá! Importam-me agora as casas!»

Certo sujeito, que por todos os meios tratára de enriquecer-se, uma vez que, já rico: lhe imputaram uma traficancia, defendeu-se, «Nem que eu hoje precisasse!» Não ha duvida que o bem-estar facilita a moralidade. Dos ricos não se póde mesmo muita vez dizer se são realmente bons, porque os não experimentou a adversidade. Inversamente, a miseria toma facilmente a fórma de miseria moral.

Muitas paixões ruins não se sentem e por isso mal se acredita que existam, o fanatismo, por exemplo, com todos os seus odios. Ainda hoje é um estado d'alma que me impressiona como uma alienação. Por isso a mocidadê, que não vê os obstaculos, se abalança, com tanta fé, ás grandes reformas sociaes.

Não se consinta que as creanças tratem tudo como brinquedos, dando-lhes tudo para as mãos. E' necessario que ellas apprendam cedo a ter respeito pelo trabalho.

As creanças ricas habituam-se a chamar os creados para tudo, sem olhar ao que elles têm que fazer; e, se não são servidas de prompto, irritam-se e fazem gritaria. «Para que são os creados?» contestou-me uma,

(1) Véanse los números anteriorer. Estas notas han sido publicadas en la revista portuguesa *O Instituto*, en los números correspondientes á los meses de Marzo á Julio del presente año.—*N. de la R.*

porque a increpei de não ir buscar o jarro d'agua para que estava berrando pela creada. Que auspicios sociaes!

A egualdade dos sexos não póde ser o divorcio na familia: o marido a pensar em litteratura e a mulher em medicina. A unidade da familia é o fundamento da unidade social, e para a cohesão da vida domestica é indispensavel que paes e filhos se achem intimamente unidos por uma occupação commum. A familia exemplar é a do lavrador, na qual a mulher é uma verdadeira companheira do marido e o filho o discipulo de ambos.

A razão por que não deixam a creanca fazer nada por si, é porque isso exige mais paciencia. «Ella vai pelo seu pé!» advirto á creada, que leva á Gigi ao collo. «Assim leva muito tempo!» responde ella, pondo-a no chão.

Antes não frequentar as aulas do que frequenta-las sem estudar. Não se ganha em instrucção e perde-se em educação moral, Faz-se o noviciado do desleixo do trabalho e do descaramento social.

Nenhum pae bata numa creança, nem lhe ralhe asperamente, se não quer ter o tremendo castigo de ser por ella repellido e não lhe servir de nada, quando ella numa doença grave tanto precise dos seus cuidados, e elle de lh'os dar.

Se se condescende demais com as creanças, ellas fazem o mal até ás pessoas que lhes consentem as maldades.

Uma creança não come o que vem á mesa, e a mãe, com pena, manda lhe depois, quando lhe ouve dizer que tem fome, fazer um bife. E como lhe paga ella esta bondade? Chega a hora da outra refeição, e ella, que não tem appetite, lança as culpas sôbre a mãe, declarando que não pediú a ninguem o bife que lhe deram, e que, se lh'o deram, foi porque muito bem quizeram.

Se nos encanta ver o gosto com que a creança aprende a ler, mais ainda o quadro da mãe, toda enternecida, a ouvi-la.

Gostamos sempre mais d'aquillo que nos deu que fazer. Bastou a um amigo meu tra-

zer no lenço umas maçãs que lhe offereceram no caminho, para depois querer que as preferissemos ás, muito melhores do que ellas, que já estavam sôbre a mesa.

Preste a creança attenção ao que faz, esteja nisso; senão mette o cotovello ou os pés onde devia pôr os olhos, e derruba e estraga tudo.

As pessôas distrahidas estão sempre a ter surpresas e a achar novidades pelo mundo. Mas pagam-nas frequentemente bem caro!

Alguns rapazes commettem atrevimentos com mulheres, sem paixão alguma por ellas, só para ver o que ellas farão; e ellas nem sempre os repellem logo á primeira, tambem por culpa de sua viciosa curiosidade.

Era por curiosidade que a filhinha d'um amigo meu não queria confessor passa-culpas, mas minucioso, inquisitorial, que lhe desvendasse bem os peccados.

Esqueci-me! diz muita gente para se desculpar, como se a memoria lhe não pertencesse.

Ardileza feminil. Uma rapariga despejou a agua d'um vaso de flores para o jardim; e, como o visinho do andar debaixo se queixasse de que já por duas vezes ó tinham molhado, ella defendeu-se: «Eu não fui, que deitei só uma vez.»

—Outra rapariga. «Porque não abriste as janellas do teu quarto?» «Abri.» «Como, abriste?» «Sim! abri a da varanda.» Apenas se tinha esquecido de abrir mais duas!

—Ainda outra. Numa occasião em que, passando por uma porta, a deixou fechar-se com estampido: «Não fui eu que bati com ella, foi o vento.

A theoria determinista do universo, com eliminação da vontade, não é preciso procurá-la nos philosophos. Um rapaz entorna o tinteiro sôbre um livro, e logo, para desculpar o seu estouvamento, allega: «Não fui eu que puz o livro em cima da mesa!» Está claro! era fatal.

Tire se d'aqui o aviso de que com os estouvados todas as cautelas são poucas.

Não digam: «Esta creança é ma.» Senão ella julga-se obrigada a corresponder á expectativa publica.

O Rodolpho tinha no collegio, onde andava, a reputação de incapaz, e nem elle se sentia com força para vencer a sua má fama. Aconselhei os paes a que o mudassen para outro collegio, e logo se levantou no conceito desprevenido dos novos mestres.

O culto externo fanatiza immenso o espirito juvenil. Não são só as mulheres que sacrificam á moda, ao ritual, mas todas as almas simples. A um rapaz, dos seus 16 annos, fui eu encontrar mettido em casa, a um canto, todo tristeza, quando os irmãos já tinham ido para a praia. «Então não vais hoje ao banho?» «Não tenho chapéu, perdi-o hontem.» «Mas eu vi-te depois a passear com outro.» «Esse não é decente para a praia» replicou me elle impertigadamente. «Ora essa!» exclamei a rir. Mas elle, muito serio: «Não me quero envergonhar.» E não lhe custava perder o banho, desgostando com isso os paes, que por causa d'elle tinham vindo de longe para a beira-mar.

E' pela mesma razão que muita gente entende que póde dispensar-se de todas as suas profundas obrigações, uma vez que não falte á missa nos domingos e dias santos de guarda, e que não coma carne ás sextas-feiras.

Mas o culto externo não deixa de ser educativo. As ceremonias têm a vantagem de chamar a attenção para as deferencias sociaes. Não é inutil dar bom dia, tirar o chapéu, etc. O que é preciso, é não ficar por ahi, e não se deixar ninguem persuadir de que, cumpridas as formalidades do ritual, tudo é licito.

A facil disciplina das creanças. Na simplicidade da sua alma, ainda os seus actos se não mettem uns pelos outros e se não embaraçam e confundem, e por isso ellas os reproduzem fielmente no mais perfeito concerto. H. pede uma tarde, ao jantar, um palito á Gigi, e é ella quem espontaneamente no dia seguinte, ao jantar, vai buscar o paliteiro para o servir.

E, quando, ella, que faz só dois annos, se senta ao piano, logo pede que lh'o abram todo, e lhe armem a estante e lhe ponham

defronte um livro de musica, e, só depois de tudo isto, é que principia a tocar.

A ordem social, bôa ou má, impõe-se. Estão bocados de stearina pelo soalho, e eu digo á Gigi que os apanhe. Mas ella, que de mais a mais vai com pressa, chama pela creada Isabel—«Oh; Já!», e, vendo-a vir—«Olha o çao (chao)!» Pois não é a quem aquelle serviço compete?

Ninguém escapa á fascinação do que diz. Certa creança pronunciava errada uma palavra. Pois, em abono do seu disparate, até Herculano citou. Era assim que sempre a tinha vista escripta, assegurava.

Diz-se que a ignorancia é atrevida. Não é atrevimento, é instabilidade explosiva do espirito.

Muitas creanças se atiram a responder, ainda que não seja a sua vez, arredando os condiscipulos, e tudo pretendem mostrar que sabem. Instruam-se, e ellas se moderarão. Se soubessem alguma coisa bem, estavam mesmo seguras de que lhes não faltariam occasiões de mostrar o seu saber, e não as tirariam aos outros.

Se houvesse apparelho para medir a preguiça da vontade, como ha o de Du Bois-Reymond para a preguiça muscular, ver-se-hia quanto a esse respeito differimos uns dos outros.

Decidir-se é o que a muita gente mais custa. E, se alguma vez o fazem, o espanto com que ficam da propria façanha! Parece-lhes incrível.

A vontade, na posse da sua direcção, chama-se educação.

O Domingos, lamuriante, porque, tendo pedido á Maria que lhe ensinasse o desenho, ella lh'o foi fazendo. «Eu queria-o fazer, mas a Maria não deixou!» caramunhava. E aqui está como ninguem quer ser protegido demais, nem o agradece.

A certas pessôas, não se lhes pôde dicer: «Quer isto?» Não querem. Ha de dizer-se, para ellas quererem: «Não quer isto?»

O espirito só pôde estudar-se indirectamente, ou nas suas producções, a mais deli-

cada e subtil das quaes é a palavra, ou nas suas condições organicas, anthropologicas.

Ha uma industria scientifica e uma industria artistica, que inventam instrumentos para as sciencias e para as artes.

Entre nós, assim como se dissipam os bens materiaes e os maiores patrimonios não resistem á terceira geração, assim tambem se dissipam as mais poderosas faculdades herdadas e raros são os nomes que successivamente se vão illustrando de avós a netos. Em tudo estamos continuamente a voltar ao principio; nada poupamos e accrescentamos.

Nenhuma sciencia é digna d'este nome, se não collabora para o bem da humanidade.

As suggestões viciosas são como as epidemias: só os fortes resistem.

A leviandade do estouvamento transforma-se facilmente em crueldade.

Até as creanças, na sua vaidadesinha, quando ignoram uma coisa ou faltam a alguma obrigação, têm a tendencia para o lançar ao desprezo. «Importo me lá com isso!»

O hebetismo moral de certos rapazes, já quasi uns homens, filhos mimosos de gente abastada, é de pasmar. O pae d'um, zangado por elle se ter erguido tarde demais da cama, ordena-lhe que vá promptamente almoçar, e o sujeitinho não tem pejo de responder, atirando com o almoço á cara do pae: «Eu tambem posso deixar d'almoçar...»

A moralidade segue em larga medida as variações das estivas ou mercuriaes. Mais o trigo é caro, mais frequentes são os roubos.

O bom exito do nosso trabalho, o effeito que produzimos sôbre a natureza ou sôbre os espiritos, dá-nos uma seguridade de grande confôrto. Mas só é completo o nosso contentamento, quando produzimos o bem, que é a mais perfeita coordenação das nossas forças com o mundo.

A força das emoções moraes. Custa-me sempre uma separação. Até não abandono sem pezar a penna com que escrevi qualquer coisa.

A reputação das mulheres é tudo que ha de mais melindroso, e por isso ellas precisam de ser tão discretamente como corajosamente honestas, não se abalçando nunca a situações que possam prestar-se a equívocos. Por maior confiança que haja nellas, é muitas vezes uma lucta atroz para repellir a idéa má que a sua imprudencia provoca.

O que fortalece e alegra a alma, e a satisfação do dever cumprido.

O contentamento de que o bem nos enche a alma, tornanos facil o sacrificio.

E' preciso tambem psychicamente deixar obrar a natureza e não forçar as faculdades.

Certas creanças muito intellectuaes não cedem a nenhuma observação, antes redobram de teimosia e insolencia. Discutir com ellas é irritá-las; admoestando-as, vai-se fatalmente num crescendo a que se não vê termo, porque ellas retrucam cada vez mais de rijo tambem. Nem por nada cahem em si. Ha de appellar-se para a força? Fale-se-lhes gravemente, mas ternamente, ao coração.

E com as creanças, d'uma certa passividade mental, é preciso não carregar demais na reprehensão; senão ellas esmorecem de todo e podem ir perdendo o brio e azedando.

Que fazer, quando uma creança não obedece e reponta? Castigá-la pelo desprezo, dispensando-lhe o serviço, ou intimá-la auctoritariamente a prestá-lo? Ambos os meios são maus. Com o desprezo accommoda-se ella facilmente, até pela boa razão de que não acredita que seus paes ou seus mestres lh'o votem; e da submissão forçada intenta quasi sempre depois desforçar-se pelo encarnecimento na rebeljia. Que fazer então? Ah! o mal está em que se exige de repente da creança aquillo para que se não tratou de prepará-la con tempo.

Para algumas senhoras, só creados de *relojoaria*. Esquecem-se de os vigiar, e depois zangam-se porque elles se esqueceram do serviço. A culpa é tambem d'ellas.

Varios modos de estragar a mocidade:

Ha pessòas que tanto querem salvar os outros, que os estão dedicadamente incitan-

do a precipitarem-se no abysmo. São amizades fataes, sobretudo para os animos desprecauidos da juventude.

Outras ufanam-se com os desmandos dos seus filhos ou pupillos, porque assim fazem ostentação e alarde da sua importancia. Por seu respeito, o publico que os ature, ainda que lhe custe.

E ha-as ainda que saboreiam as aventuras dos novos da sua familia, como se fôsem suas proprias.

Não se reprimem os pequenos desmandos, porque são pequenos; e dentro em pouco as creanças tornam-se incapazes de soffrear os seus desejos, e perdem toda a noção das conveniencias e deveres.

Quando se reprehende uma creança, não é occasião de lhe testemunhar maior interesse. Póde parecer fraqueza, como que um pedido de desculpa da reprehensão; e, abtendo-nos assim, corremos o risco de ver desdenhado e repellido o nosso indiscreto carinho.

A educação tem por fim, acima de tudo, o aperfeiçoamento moral. Mau ensino o que fórma egoistas. Mas, como elle infelizmente se dá, as creanças acostumam-se a não prestar o minimo serviço, e são até muitas vezes as mais applicadas as que mais se arrelham, quando se lhes toma o tempo com qualquer encargo.

A eschola deve ser a casa commum da parochia. Vá lá o lavrador falar das suas culturas, e cada artifice da sua industria.

O destino da mulher é tão estreitamente o casamento, que nada mais a conduz na vida, e d'essa falta de ideal civico se resentem logo os seus labores. Tenho-as conhecido, que dão excellente conta de si nas aulas, dia a dia, mas raras são as que põem sequencia nos seus estudos, como quem espera mais tarde fazer uso social d'elles, a não ser que precisem de os aproveitar para seu 'proprio ganha-pão. Por isso tambem, logo depois de casadas, não fazem mais caso das suas *prendas*.

Para mim, ha só um argumento procedente contra os direitos politicos da mulher,

mas esse effectivamente grave: é a grosseria dos homens; que não permite ainda a uma senhora estar num parlamento como póde estar numa sala.

O egualitario Domingos: «Vamos a Coura? Eu só vi o castello e o lago do jardim do vovô, e as manas já viram tudo, até os perus.» Que desigualdade! Urge effectivamente partir.

Gabavam ao Antonio, ainda pequenito, a sua roupa nova: Que a fazenda era muito bôa, muito bonita... «E nacional», accrescentou elle.

A associação faz a força, excepto se a podridão social corrompe as vontades. Até o Sousa Martins, coração tão generoso, me dizia: «Junte uns poucos d'homens que parecem intelligentes e serios, e veja o que sahe da sua reunião.» E concluia, gracejando: «Ahi tem como a somma não é da natureza das parcellas,»

Entre á nossa gente culta, temos sociedades de perfidias e de odios, quasi só. Individuos que mal se conheciam, encontram-se na mesma injustiça: elles ahi ficam intimamente unidos.

Em Portugal quasi só o mando tem auctoridade. E por isso tambem que auctoridade!

Para que eu comprehendesse bem a honestidade politica, explicava-me um homem publico: «Sabe a differença que ha entre nós, que somos honestos, e os que o não são? E' que os outros fazem grandes escandalos, e nós só os fazemos pequenos. Mas ninguem póde deixar de os fazer.» A questão não era de qualidade; apenas de quantidade.

Dizia-me alguém: «Um governo absolutista, que deixasse cada qual tratar da sua profissão, sem ninguem ter de perder tempo em politica, é que fazia a prosperidade nacional.» Mas é olvidar que nem a verdade, nem o bello, nem o util são estimulos bastantes para o trabalhador, se elle não tem a liberdade de, com o producto do seu trabalho, fazer todo o bem possivel. Porque é que entre nós a politica é uma obsessão doentia? é porque ha uma massa enorme

de gente que se não importa com ella. Para que todos se entreguem serenamente aos seus misteres, é preciso que todos possam alimentar a esperanza de influir com a sua opinião e com o seu voto no governo da nação. A politica é como tudo: feita por todos, pouco custa a cada um. Só as nações livres são inteiramente prosperas. Já se demonstrou que até economicamente a escravidão é a ruina social: o escravo produz sempre menos que o homem livre.

Só a democracia é essencialmente patriótica. Na ficção do direito absoluto o rei é que é á nação; e, desde que lhe acatem a auctoridade, pouco lhe importa que os funcionarios da nação sejam naturaes do paiz ou estrangeiros.

Um regimen que humilhe os cidadãos, compromette fatalmente e põe em perigo a independencia nacional.

Os governos chamados fortes só servem entre nós para o mal, porque não teem sequer a força da opinião para lutar contra as cubiças internas e externas.

As conquistas, o exercicio das armas, os costumes guerreiros, a disciplina militar, preparam para logo o despotismo.

(Continuará.)

REVISTA DE REVISTAS

FRANCIA

Revue internationale de l'enseignement.

Paris.

MAYO

*Los nuevos laboratorios de la Escuela política de Zurich y los de nuestras Facultades por **—La Escuela política de Zurich es frecuentada desde hace medio siglo por estudiantes de todos los países del mundo, y los ingenieros que la forman son conocidos en todas partes. Nunca se ha contentado con los resultados adquiridos; poderosamente secundado por la inteligencia y la generosidad de los poderes públicos, el Consejo de administración ha hecho lo necesario para mantenerse á la cabeza del progreso. El la-*

boratorio de Mecánica, última creación del *Polytechnikum*, es al mismo tiempo estación central de alumbrado eléctrico para los diferentes servicios de la Escuela politécnica. En Francia hay mucho que imitar en este punto de Suiza y Alemania. La solución más completa del problema sería la creación, en algunos centros industriales de provincias, de Escuelas politécnicas ampliamente dotadas y con una completa libertad de enseñanza. Así se centralizarían estos estudios en un corto número de Universidades con la colaboración de servicios hasta ahora extraños á las Facultades de Ciencias.

El Gobierno de Harvard, por C. Cestre.—La Universidad de Harvard es independiente y autónoma. Cuenta con 300 profesores y 4.000 estudiantes. Sus aparatos científicos valen cinco millones de francos, y su biblioteca contiene más de 800.000 volúmenes. Tiene un presupuesto anual de cinco millones, y recibe cada año por término medio millón y medio de francos en donativos y legados. Establece por sí misma las condiciones de ingreso, regula sus programas, dirige el espíritu de su enseñanza, fija el nivel de sus exámenes y nombra sus profesores. La gobiernan un Presidente y tres Consejos: la Corporación, el Consejo de las Facultades y el Consejo de los «Overseers». La Corporación es el Directorio ejecutivo de la República universitaria. Se compone del Presidente y el Tesorero, con tres *Fellows* elegidos generalmente entre los antiguos discípulos. Recibe dinero, colecciones, libros donados ó legados á la Universidad, dispone de los nuevos y de los antiguos fondos, determina el emplazamiento, estudia los planos y procede á la construcción de los nuevos edificios; modifica los antiguos locales; concede licencias; aprueba los estatutos de los clubs de estudiantes; crea nuevas cátedras: provee las vacantes, etcétera, etc. Deja á las Facultades la iniciativa de las reformas, pero reservándose la resolución. De cómo administra, puede dar idea el hecho de que, según el testimonio del Presidente Elliot, durante toda la existencia de la Corporación, siete generaciones de hombres, la Universidad no ha sufrido nunca perjuicio alguno por actos fraudulen-

tos de ninguno de sus servidores. El Consejo de los «Overseers» (procuradores), compuesto en un principio de lo más notable del país, desde 1865 es elegido por los *alumni*. Consta de 30 miembros. Constitucionalmente, se requiere que sean aprobados por él todos los actos de la Corporación; pero de hecho sólo delibera sobre las medidas capitales que afectan á los órganos vitales de la Universidad ó modifican su situación respecto de la opinión pública. Por medio de esta institución, extiende la Universidad sus raíces hasta el seno de la nación. El Consejo de Facultad se compone de los profesores, los profesores adjuntos y los instructores nombrados por más de un año. Elige de su seno cierto número de comisiones permanentes para las diversas Facultades, exámenes, becas, organización de las clases, recepción y consejos personales á los estudiantes, clases de verano, etc. El Presidente, nombrado por la Corporación y los «Overseers,» es el primer dignatario de la Universidad, y su personificación viva á los ojos del público. La dignidad de su conducta, la pureza de su vida, la belleza de su carácter, la solidez de su juicio, inspiran respeto y confianza, y entran por mucho en la reputación de la institución. Lo que caracteriza la administración de Harvard es su habilidad para crear y mantener relaciones con el país. Merced á los «Overseers,» la nación tiene un pie en la Universidad. En la persona del Presidente tiene la Universidad su representante entre las eminencias del país. Los profesores, además de sus lecciones, que les ocupan nueve horas por semana, atienden al régimen de la Facultad, y se convierten en guías intelectuales y consejeros morales de los alumnos, convidándolos á su mesa ó haciéndoles frecuentar su casa, estableciéndose así entre maestros y estudiantes lazos de afección que se prolongan fuera de la Universidad. Bien se puede decir que si Harvard es rica en dinero, no es más que por la riqueza de los sentimientos que ha inspirado (1).

Extensión Universitaria.—Nancy, 1898-99.

(1) Sobre la Universidad de Harvard, V. el tomo XV del BOLETÍN (1891).—N. de la R.

El Círculo de la Liga de la Enseñanza da dos veces por mes, en invierno, en la sala Poirel, conferencias que atraen un público numeroso. Este año ha organizado además especialmente, para los obreros, reuniones donde lo agradable se une á lo útil, representándose monólogos y piecitas antes ó después de la conferencia. La Unión de la Juventud lorenesa organiza, durante el verano, visitas á fábricas y museos y paseos escolares, que se convierten á veces en verdaderas excursiones. Durante el invierno, en las diez escuelas de Nancy, los viernes, un miembro de la Union, estudiante ó antiguo estudiante, reemplaza al maestro en las clases de adultos y sustituye á la clase habitual una conferencia. De vez en cuando, se reúnen en la misma conferencia los alumnos de todas las escuelas de adultos. También se han dado lecciones de Extensión universitaria en las villas próximas á Nancy. Y, por último, la Unión lorenesa sostiene cursos de francés para los estudiantes extranjeros, á los cuales sirven de complemento conferencias de profesores de la Universidad, destinadas á hacerles conocer mejor á Francia.—*Caen.* Dos profesores de la Universidad, dos estudiantes y varios profesores del Liceo Malherbe y algunos maestros de las escuelas públicas han tomado parte en los cursos de adultos fundados por el Círculo de la Liga de la Enseñanza. Además, la Universidad de Caen ha emprendido este año en Lisieux una obra, que piensa continuar en las ciudades más importantes de su distrito, explicando treinta lecciones, desde Enero hasta las vacaciones de Pascua.—*Países anglo-sajones.* En un trabajo recientemente publicado por M. Albrecht, se recuerdan los orígenes de la Extensión universitaria y se resumen los progresos que han alcanzado en la mayor parte de las naciones civilizadas.—*Sociedad de las conferencias populares de Saint-Brieuc.* He aquí los temas de algunas de las lecciones profesadas en esta pequeña población: las enfermedades evitables (la fiebre tifoidea, la tuberculosis); las enfermedades sociales; la química del cielo; distracciones intelectuales; economía doméstica y cocina casera, con demostraciones prácticas; la educación moral de la primera infancia por

los padres; á través de los jardines; «Cyrano de Bergerac».—La Comisión organizadora del *Congreso internacional de Enseñanza superior, de 1890*, ha fijado los siguientes temas de discusión: 1.º La Extensión universitaria. 2.º Creación de obras en favor de los estudiantes; medios de evitar su aislamiento; instituciones similares del extranjero. 3.º Formación por las Universidades de los maestros de la enseñanza superior, la secundaria y la primaria. 4.º Relaciones entre las Facultades de Derecho y las de Letras. 5.º Papel de las Universidades en la educación agrícola, industrial, mercantil y colonial. 6.º Relaciones entre las Universidades de los diversos países y entre sus profesores. Habrá secciones de Derecho, de Ciencias políticas y sociales, de Geografía, de Historia y Filología, y de Filosofía y ciencias conexas. Las adhesiones y comunicaciones, deben dirigirse á M. Larnaude, en la Sorbona, París.

Crónica de la enseñanza. — París. A propuesta de M. Lavissee, el Consejo de la Universidad ha organizado conferencias especialmente reservadas á los estudiantes. De Enero á Marzo se han explicado las siguientes: M. Lavissee, El estudiante; M. Lannelongue, La cirugía en el siglo XIX; M. Croiset, El arte por el arte; M. Moissan, El diamante; M. Renault, El convenio de Ginebra; M. Richet, Sobre los medios de defensa del organismo; M. Faguet, Poesía contemporánea; M. Janet, Las grandes aplicaciones modernas de la electricidad; M. Jay, La limitación legal de la jornada de trabajo; M. Duclaux, La policía del organismo vivo. Han asistido de 400 á 600 oyentes de las diversas Facultades y Escuelas.

JUNIO

El Bachillerato en Inglaterra, por A. Espinas.—Los alumnos de las escuelas de segunda enseñanza que acuden á la Universidad de Cambridge para someterse á sus exámenes (*Local examination*), se clasifican en tres categorías principales: de edad inferior á 14 años, de 14 á 16 y de 16 á 18 ó 19. En 1898, ha examinado Cambridge á 15.941 candidatos. Las materias objeto del examen, que varían según la edad, son facultativas

unas y otras obligatorias. En los establecimientos que corresponden á los Liceos y Colegios franceses, la inmensa mayoría de los alumnos (de 6 á 8.000), merced á la libertad que se deja á las preferencias individuales, estudia un programa bastante limitado, en el cual no figuran más que el Evangelio, la Gramática y la composición inglesas, la Geografía, Shakespeare, elementos de Francés, de Geometría y de Álgebra. El resto, salvo el Latín y el Dibujo, estudiados por la mitad de esta mayoría, y la Química, que estudian la tercera parte, se halla más ó menos abandonado. Los candidatos aprobados reciben un diploma (*Certificate*), que les dispensa, según los casos, de los exámenes de ingreso en la Universidad, en el ejército y en varias escuelas, más ó menos dependientes del Gobierno, como las de Medicina, Derecho, Arte, Normales, Técnicas, de Veterinaria, de Notariado, de Arquitectura y de Farmacia.

Extensión universitaria.—Summer School en Clark University. La Escuela de verano de la Universidad de Clark (Worcester, Mass.) funciona de 13 á 26 de Julio. Se dirige á los estudiantes de Universidad, deseosos de aprender la nueva Psicología, que no han podido estudiar en otra parte, á los estudiantes de Pedagogía ó de otras disciplinas, que deseen informarse de un modo general sobre la educación y la Psicología modernas, á los profesores de Pedagogía y directores é instructores de Escuela normal, á los autores de libros de texto y á los publicistas, á los maestros de uno y otro sexo de las escuelas públicas y privadas y de los Jardines de la infancia, á los padres y á cuantos especialmente se interesan por la educación de los niños. Se explican conferencias sobre la evolución humana, la neurología, la naturaleza viva, la fisiología y la higiene del sueño, la lucha por la existencia, la Pedagogía, la Higiene escolar, la Arqueología, etc.; se hacen excursiones y trabajos en el laboratorio de Histología y de Neurología. En resumen, cerca de 100 horas de conferencias, en el espacio de 15 días, dadas por los profesores de la Universidad.

Universidades populares.—La «Cooperación de las ideas» se ha transformado en

«Sociedad de las Universidades populares», fundada para organizar y desenvolver la enseñanza superior del pueblo y la educación ética social, mútua, en Francia. Se propone crear una Universidad popular en cada una de las grandes ciudades de Francia, formar por todas partes grupos de enseñanza superior popular, publicar y repartir las mejores conferencias, organizar conferencias, bibliotecas y museos circulantes para todos los grupos adheridos. En Marsella se acaba de constituir, bajo el nombre de Universidad popular, una agrupación de las sociedades é instituciones dedicadas á los cursos de adultos, y en general á la educación secundaria del pueblo. Desde hace mucho tiempo, un grupo de estudiantes parisienses piensa en crear, en uno de los barrios más populosos de la capital, una «Fundación universitaria», es decir, un Círculo en el cual, alrededor de jóvenes que habitarían cierto tiempo en el local de la Asociación, se reunirían hombres deseosos de trabajar, á favor de un contacto casi diario con los obreros, en su educación recíproca. Ya se ha alquilado una casa en Belleville, y desde Octubre próximo se contará con un nuevo, aunque muy modesto, Toynbe Hall.

Crónica de la enseñanza.—Los católicos de Irlanda piden al Marqués de Salisbury la fundación de una Universidad católica en Irlanda.—Existían en las Universidades francesas, en 15 de Enero de 1898, los siguientes alumnos extranjeros: París, 964 varones y 165 mujeres; Aix-Marsella, 50; Besanzon, 1; Burdeos, 31; Caen, 11; Dijon, 6; Grenoble, 15; Lila, 21; Lyon, 108; Montpellier, 202; Nancy, 126; Poitiers, 3; Rennes, 1; Tolosa, 70; Clermont, ninguno.

Congreso internacional de segunda enseñanza, de 1900.—La comisión organizadora del que se verificará en la Sorbona de 31 de Julio á 9 de Agosto, ha circulado las invitaciones, en las cuales consigna, como temas de discusión para las sesiones generales, las siguientes cuestiones: ¿A qué diversidad de necesidades sociales debe responder la segunda enseñanza, y cómo puede adaptarse á ellas? De la autonomía de los establecimientos de segunda enseñanza y de la diversidad de los métodos. De la Extensión uni-

versitaria. De la preparación de los maestros de segunda enseñanza. De la función de los profesores y de las profesoras, respectivamente, en la enseñanza de los muchachos y de las muchachas. De los complementos prácticos de la educación de los jóvenes de uno y otro sexo, por medio de asociaciones, patronatos y obras de todas clases. De la correspondencia inter-escolar internacional.

JULIO

La enseñanza práctica de la Geografía y de la Historia en las Facultades de Letras, por René Pinon.—Las facultades de Ciencias han sabido unir hace mucho tiempo el aspecto teórico y el aspecto práctico de sus enseñanzas. Fourcroy y Berthollet pusieron al servicio de la defensa nacional sus conocimientos en Química; Chevreul renueva la industria de los jabones; Pasteur cura la rabia y las enfermedades de los gusanos de seda, y se ocupa de la fabricación del vino y de la cerveza. Se han adaptado muchas clases á las necesidades de la industria y de los cultivos locales. Las Facultades de Letras, ó por lo menos, algunos de sus profesores, los de Geografía é Historia, podrían hacer algo parecido, mezclándose á la vida de su tiempo y aportando á sus conciudadanos un fermento de progreso y un método de trabajo. La enseñanza práctica de la Geografía y de la Historia puede contribuir en gran parte al desenvolvimiento de la prosperidad económica de Francia y á la difusión de su influencia. Lo que han hecho las ciencias físicas, químicas y naturales por la Agricultura y la Industria, pueden hacerlo la Geografía y la Historia para estimular y dirigir la expansión comercial y colonial de Francia. Ya la enseñanza de la Geografía colonial en la Sorbona ha prestado servicios muy reales. En cuanto á la Historia, se han creado también en las Facultades de provincia algunas cátedas de Historia local, y se ha desenvuelto el estudio de los dialectos. Continuando por este camino, en vez de hacer de la enseñanza superior un mandarínato, lo mezclaremos á todas las manifestaciones de la vida nacional. Las Universidades dejarán de ser planteles de funciona-

rios, y las frecuentarán nuevas categorías de estudiantes.

La enseñanza superior profesional, por R. de Forcrand.—Aunque se habla mucho de enseñanza profesional, no se halla organizada en Francia en ninguno de los grados de la educación pública. En las escuelas de instrucción primaria, aprenden los alumnos muchas cosas de que sus padres no tenían la menor idea; pero no por eso serán mejores labradores que ellos, ni los hijos de los obreros mejores obreros. El hombre que ha pasado por los Colegios secundarios, las grandes Escuelas, las Facultades, ¿tiene realmente mejores armas para la batalla de todos los días, cuenta con mejores medios de defensa, está mejor preparado para el combate? Se preparará á los jóvenes para la vida práctica, desenvolviendo en todos los grados de la enseñanza los conocimientos profesionales. Hay que arrancar valientemente de los programas las tres cuartas partes de los conocimientos literarios y abstractos, que no hacen más que adornar la inteligencia, para introducir estudios profesionales que la armarán para la lucha. Las escuelas primarias deberían ser, sobre todo, escuelas profesionales obreras, en las ciudades, agrícolas en el campo. La segunda enseñanza sufriría también una reforma radical. En la superior, la Facultad de Medicina debería preocuparse principalmente de formar buenos médicos, como la Escuela de Farmacia buenos farmacéuticos, con la práctica suficiente unos y otros para poder ejercer con desembarazo, apenas salidos de las aulas. La Facultad de Derecho debiera organizar también el aprendizaje de los futuros magistrados, notarios, abogados y procuradores. La enseñanza de las Facultades de Letras, en los pocos meses de trabajo que les dejan los exámenes de Bachillerato, se dirige al gran público, en lecciones solemnes, ó á los futuros profesores de segunda enseñanza, en los cursos cerrados ó conferencias; y sólo los alumnos que se destinan á la agregación se adiestran por medio de ejercicios prácticos en el arte de enseñar; cuando con la enseñanza de la Historia, la Geografía, las lenguas vivas y las cuestiones coloniales podrían formar un plantel de

futuros exploradores, colonos ó comerciantes, que llevarán á todas partes la bandera de Francia. En cuanto á las Facultades de Ciencias, existen ya enseñanzas de ciencia aplicada, Química industrial ó agrícola, Física industrial, Botánica agrícola; pero sólo por excepción. Para corregir los inconvenientes de esta organización, sería preciso que desapareciera la antigua unidad *Facultad*, que no debe subsistir al lado de la unidad nueva, la *Universidad*, donde las disciplinas no deben hallarse separadas por ninguna barrera. La organización completamente nueva de las enseñanzas haría lo demás.

La enseñanza colonial en las Universidades.—Bélgica. Sabido es que Bélgica posee cuatro Universidades; dos del Estado, Gante y Lieja, y dos libres, una católica, en Lovaina, y otra liberal, en Bruselas. Una tercera Universidad libre, fundada en Bruselas hace pocos años, ha muerto por falta de estudiantes. En las cuatro Universidades se dá la enseñanza colonial. En las del Estado, data de 1893, en que se estableció, en la Licenciatura en Ciencias políticas, administrativas y sociales, una cátedra titulada «Régimen colonial y legislación del Congo,» á la cual asisten media docena de alumnos en cada Universidad. En la Universidad de Lovaina, el caballero Descamps alterna su clase sobre Colonización con otra de Derecho internacional sobre neutralidad. En la Universidad de Bruselas, existe desde Febrero de este año un curso de «Colonización y política colonial,» común á la Licenciatura en Ciencias políticas y á la de Ciencias económicas. M. Cattier, que desempeña esta cátedra, profesa además en la Facultad de Derecho un curso libre sobre el Derecho y la Administración del Congo. —*Caen.* La colonización fenicia, la griega y romana han sido estudiadas sucesivamente durante varios años en la Facultad de Letras de Caen.

Extensión Universitaria. — *Caen.* Desde hace cinco años, se dan en la Universidad cursos para el gran público, compuestos de 10 á 20 lecciones sobre asuntos de interés general. En el curso de 1898-99, M. René Worms habló de la historia de las doctrinas económicas desde la antigüedad hasta

la muerte de Saint-Simon; M. Le Fur, de las diversas constituciones que han regido en Francia desde 1789; y otros, de las costumbres de Normandía que se hallan en vigor, y de las diferencias diplomáticas entre la Gran Bretaña y Francia á causa de sus posesiones coloniales.—*París: Lecturas populares. Universidades populares.* Poner al alcance del pueblo hermosos libros, servirle un maná literario, pero al mismo tiempo y, sobre todo, moral y humano, convidarlo así á trocar la taberna donde bebe el alcohol y el odio, es decir, la muerte, por el patio de la escuela, donde beberá la verdad, la equidad y la belleza, es decir, la vida: tal ha sido el propósito de Mauricio Bouchor al crear en París y en provincias las Lecturas populares. En París funcionan nueve secciones en los distritos más apartados. Asisten á cada una cerca de 1.000 personas. Cada sesión comprende generalmente dos partes: la primera, de lectura y espectáculo: una pieza de Corneille, de Racine, de Molière, de Hugo, ó de algún contemporáneo, leída, con explicaciones de orden moral y educador; la segunda, lectura de algunos fragmentos en prosa ó en verso. Entre las dos partes, música y canto.—Las Universidades populares se hallan todavía en formación. Se trata de que el pueblo tenga su casa propia, y para fundarla, ha ideado M. Jorge Deherme una asociación, de la cual formen ya parte varios eminentes profesores y hombres políticos. Empresa que podría producir en España tan hermosos resultados, merece que se le consagre aquí más detenida atención que la que suele dedicarse á este género de noticias. Dice el programa de M. Deherme: «Nuestra ambición es grande: queremos la verdad, la belleza, la vida moral para todos; queremos que el pueblo sea admitido á participar de los bienes que constituyen el patrimonio de la Humanidad... Queremos una civilización real, que no deje fuera de sí á la mayoría de los hombres... Nuestra Asociación no propaga ninguna doctrina política, religiosa ó filosófica particular... No quiere, dividiendo y agriando los espíritus, hacer sectarios; sino, uniéndolos en la investigación de la verdad y del bien, en el goce de la belleza, hacer hom-

bres. El espíritu que nos anima es un espíritu libre... Iremos al alma. Nuestra enseñanza será viva. Penetraremos al pueblo en sus placeres, en sus trabajos, en sus padecimientos. Daremos así á las jóvenes generaciones un poderoso motivo de obrar, una razón para vivir. Haciendo más justicia, estableceremos la concordia social.» La Casa del Pueblo se abrirá en París el día 1.º de Octubre. Constará de salas de conferencias, una sala de fiestas, un salón de conversación, una biblioteca constantemente abierta, una sala de baños duchas, un restaurant (de templanza), etc., etc.

La Escuela des Roches y la Escuela Alsaciana, por Th. B.—En su libro *L'Education nouvelle*, que tanto ha llamado la atención, comete M. Demolins la injusticia de olvidar lo que en el sentido que preconiza se viene haciendo desde hace veinticinco años en la Escuela alsaciana (1). En efecto, el método que «asegura las actividades libres» y hace de la disciplina un «aprendizaje de la libertad», que «condena el régimen deprimente y desmoralizador del gran cuartel escolar», y «la uniformidad del régimen intelectual y moral»; que mantiene entre alumnos y profesores relaciones personales frecuentes, constantes; que «reune y como funde en uno solo al profesor y al vigilante»; se practica con excelentes resultados en aquel centro, cuyos alumnos, como el mismo M. Demolins desea, viven en familia en casa de los profesores, no mienten, no se delatan unos á otros, sino que se declaran culpables por sí mismos, y donde, como sucede ya también en muchos Liceos, no es el mejor elogio que puede hacerse de un estudiante decir que es «sumiso y obediente.» Los métodos de M. Demolins recomienda para la enseñanza de las lenguas vivas, la Historia, la Geografía, el Cálculo y las Ciencias; las excursiones instructivas; la educación de la vista por medio del dibujo, y el trabajo manual, se hallan en uso en muchos Liceos, y sobre todo en la misma Escuela Alsaciana. Sin embargo, la Escuela Alsaciana se felicitará si practicando los principios de su libro, M. De-

molins prepara en Francia hombres de iniciativa, de deber y de conciencia.

El Congreso internacional de Enseñanza superior de 1900.—Discutirá, además de las ya conocidas, la siguiente cuestión: ¿Qué organización debe darse á la enseñanza completa de la Geografía en una Universidad? ¿En qué límites debería encerrarse para no dejar de ser geográfica?

Instituto comercial é industrial de Borgoña.—Puestas de acuerdo la Cámara de Comercio y la Universidad de Dijon, han establecido en ésta, con el concurso de las tres Facultades de Derecho, Ciencias y Letras y del Liceo Carnot, un Instituto comercial é industrial, cuyo programa responde al de las Escuelas superiores de comercio. Se enseñarán las materias siguientes: Facultad de Derecho. 1.º Comercio y Matemáticas (una lección semanal). 2.º Derecho público y Derecho civil (semanal). 3.º Derecho mercantil (semanal). 4.º Economía política (semanal) Facultad de Ciencias. 5.º Física industrial, trasportes é instrumentos mercantiles (semanal). 6.º Química industrial y agrícola, con ensayos de mercaderías (semanal). 7.º Enología (semanal).—Facultad de Letras. 8.º Geografía económica é Historia del Comercio (semanal). 9.º Lengua rusa (semanal).—Liceo Carnot. 10. Lengua alemana (dos lecciones semanales). 11. Lengua inglesa (dos lecciones semanales). 12. Contabilidad (semanal). 13. Caligrafía y Correspondencia mercantil (semanal). Cada una de las clases de la Facultad de Ciencias comprenderá cada semana una lección del profesor y una sesión de manipulaciones y trabajos prácticos. Las clases de lenguas extranjeras tendrán el carácter práctico y técnico común á todas las enseñanzas del Instituto.—A. SELA.

Revue Pédagogique.—París.

JUNIO

Las escuelas normales de Alemania, Sajonia y Prusia, por M. A. Chabot.—El autor da cuenta de su misión pedagógica en Alemania, indicando, no sólo el estado de las Normales de Sajonia y Prusia, sino las aspiraciones de mejora, en vías de realización.

(1) a) La Institución y la Escuela alsaciana.
b) Alba.

La gran mayoría son Escuelas de maestros; en Prusia, 152 de maestros y sólo 8 ó 9 de maestras; en Sajonia, 19 de las primeras y sólo 2 de las últimas. Los textos oficiales de su organización son los siguientes: para Prusia, las *Decisiones generales (die Allgemeinen Bestimmungen)*, de 15 de Setiembre de 1872; para Sajonia, la *Ley de los Reales Seminarios de Sajonia (das Königlich Sächsische Seminär gesetz)*, de 22 de Agosto de 1876.—La permanencia en la Escuela normal dura en Prusia 3 años. Hay un examen de ingreso, oral y escrito, al que son admitidos cuantos aspirantes lo soliciten, de cualquier provincia que sean y cualesquiera clase de estudios que hayan hecho, con tal de haber cumplido 17 años y no pasar de los 40. En realidad, la mayoría de los alumnos proceden de las Escuelas preparatorias (*Präparande Anstalten*) reales ó municipales, anejas á las Escuelas normales y cuya dirección y enseñanza, en parte, están con frecuencia confiadas á profesores de la Normal. En Sajonia, la Escuela normal absorbe la preparatoria: toma los alumnos, al salir de la primaria, á los 13 ó 14 años, y los retiene 6 años bajo los mismos maestros, la misma dirección, el mismo método. Este sistema es combatido por varias autoridades pedagógicas, entre ellas M. Rein (1), profesor de la Universidad de Jena, porque exige una elección prematura de carrera, y porque mezcla y confunde la cultura general y la educación profesional de los maestros. Para remediar esto, aspiran en Sajonia á que los 4 primeros años de Seminario se consagren á la cultura general, literaria y científica; de modo que el alumno normalista que, al cabo de ellos, es decir, á los 18 años, no se sienta con verdadera vocación, pueda dejar el establecimiento y entrar en otra carrera sin haber perdido tiempo. Para la cultura profesional, se destinarían los 3 años siguientes, lo que elevará á 7 la carrera del magisterio en Sajonia.—El régimen interior de las Normales es, en general, el internado; si el número de alumnos es excesivo, los de más

edad viven fuera de la escuela. Esto también está en vías de reforma: los directores quieren el internado, que les asegura una dirección más inmediata y más eficaz; pero los alumnos, y sobre todo los ex-alumnos y los pedagogos liberales, luchan contra el sistema, que no prepara para la vida social.—La enseñanza ocupa en las Normales de Prusia 35 horas semanales en el primer año, 34 en el segundo y 19 en el último, en que los ejercicios prácticos se llevan el resto del tiempo. En Sajonia, el máximo es de 36. Están prohibidas las redacciones, las notas tomadas en clase y dictar lecciones; pero algo queda aún de esto en la práctica, por más que el profesorado joven tiende cada vez más á enseñar conversando. No detalla el autor la distribución de los programas; indica que la Pedagogía ocupa, en Sajonia, 4 y 5 horas en los 3 últimos años, sin contar el tiempo dedicado á los ejercicios prácticos (asistencia á las lecciones de los maestros, participación en la enseñanza, etc.), que ocupan 4 horas semanales; en Prusia, son 3 horas, sin comprender el trabajo de la escuela práctica. La idea general es que esto es insuficiente. La pedagogía prusiana se inspira preferentemente en Lotze; la sajona, en Herbart. En cuanto á la enseñanza de las lenguas, está ahora muy en crisis: se va suprimiendo el latín, reemplazándolo en algunas escuelas por el francés, como asignatura facultativa, y uniéndolo en otras al alemán. Hay gran campaña para introducir la enseñanza del trabajo manual, dirigida por M. Schenckendorff, pero muy resistida por los maestros.—Por último, el punto esencial de las reformas que se piden en Alemania para las Escuelas normales está en que la instrucción profesional superior del maestro se confíe á las Universidades. Tal es el voto de M. Rein, el de muchas asociaciones y el que ha adoptado el Congreso de Breslau.

La fiesta de la mutualidad escolar, por M. E. Petit. — La institución de socorros mútuos es ya universal hace mucho tiempo; pero M. J.-C. Cavé, pensando que los obreros entran demasiado tarde en esta clase de sociedades y solo obtienen, por tanto, exiguas pensiones de retiro, imaginó fundar

(1) El célebre pedagogo herbartiano, sucesor de Stoy.—*N. de la R.*

la mutualidad desde la escuela. Hace 18 años que comenzó su propáganda, y acaba de celebrar con una fiesta, presidida por el jefe del gobierno, los excelentes resultados de su obra: discursos de felicitación, distribución de recompensas oficiales y exposición del estado de la sociedad. El mecanismo de ésta es muy sencillo: el niño entrega cada semana 10 céntimos, ó sea, al cabo del año, 5,20 francos; la mitad, 2,60 francos, se inscribe en su libreta individual de retiro; la otra mitad se destina á gastos de enfermedades; pero parece ser que sólo se gasta en esto una cuarta parte, y á veces casi nada, porque basta para ello la bonificación de un franco que da el Estado por cada socio; de suerte que casi 5 francos vienen á beneficiar cada libreta.

El VII Congreso internacional contra el alcoholismo, por M. J. Baudrillard.—Se ha celebrado en París, del 4 al 9 de Abril. La gran cuestión debatida ha sido la de *abstinencia ó templanza*: los abstinentes proscriben toda bebida que contenga alcohol; los que predicán la templanza se abstienen sólo de los licores destilados y usan con moderación de los fermentados, cerveza, vino ó sidra. Se espera mucho de la enseñanza anti-alcohólica oficial, ya establecida en Francia y Bélgica. M. Buisson excitó á los estudiantes á mezclarse con los obreros, para ayudarles á crear sitios de reunión y recreo en que se diviertan, olvidando la taberna. El clero, por boca de Monseñor Turinaz, obispo de Nancy, y el ejército, por la del general Gallieni, manifestaron la parte activa que ambas instituciones quieren tomar en la lucha. El Congreso no emitió votos; ó habían de ser muy generales, y entonces no darían resultado, ó habían de entrar en pormenores, que tropezarían con las divergencias de costumbres y legislación.

Las clases de vacaciones en Nueva York.—La Asociación neoyorkina para la mejora de la condición de los pobres, ha tomado la iniciativa para organizar clases de vacaciones, que han tenido tan completo éxito, que ya se han declarado oficiales. «Para atraer á los niños, y sobre todo en época de vacaciones, es preciso, ante todo, divertirlos. Así, pues, nada de libros, nada de

trabajos para la casa; en su lugar, juegos, ejercicios físicos, la danza, el canto.» El plan de las *Vacation Schools* abraza: modelado, carpintería, composición de motivos de adorno, dibujo de mapas, costura, corte de prendas, y para muchachos y niñas, media hora diaria de baile con acompañamiento de piano.

Conversaciones científicas, por M. Paul Poiré.—El frío artificial. La liquefacción de los gases. El aire líquido.

Lecturas variadas. La «Chanson de Roland», traducida en verso al francés moderno, por M. Bouchor, para uso de las Escuelas Normales, Liceos y Colegios.

Revista de la prensa pedagógica, por M. P.

Los libros.—Exposición y crítica de algunos libros nuevos, varios de particular interés en Francia, y otros de carácter más general.—*El arte de escribir, enseñado en veinte lecciones*, por M. A. Albalat. No es la caligrafía, sino el arte misterioso de dar á la idea una forma vigorosa, precisa, llena de vida y capaz de despertar en el lector el espíritu reflexivo. El libro se recomienda por la abundancia de ejemplos, estudiados, no sólo en los que hay que imitar, sino en los que hay que huir.—*Museos y Bibliotecas pedagógicas de Europa*, por Will. S. Monroe. Existen hoy en Europa 37 museos pedagógicos, de los cuales 17 corresponden á Alemania. La primera idea de un museo de este género corresponde á un francés, M. Jullien; pero el primero que se instaló fué el de Toronto (Canadá), en 1853; el segundo, en Londres, en 1857; el de París, el mejor según Mr. Monroe, data de 1879. El de Madrid se creó por Real decreto de 1881.—*Elementos de psicología pedagógica*, por C. Hémon. Un buen manual, sencillo, sin pretensiones, trabajo de vulgarización y de adaptación.

Crónica de la enseñanza primaria en Francia.—No contiene ninguna disposición de interés general.

Revista de extranjero.—*Suecia y Noruega*, por Maurice Gandolphe.—Estos países ocupan uno de los primeros puestos entre los más florecientes por el estado de su instrucción primaria; sólo Wurtemberg, Baviera y Sajonia ofrecen actualmente una proporción de analfabetos inferior á la de los

Estados escandinavos.—Los establecimientos de enseñanza primaria, en Suecia, son de cinco clases: 1.^a, escuelas de *párvulos*; 2.^a, escuelas *primarias inferiores*; 3.^a, escuelas *primarias*; 4.^a, escuelas de *perfeccionamiento*; 5.^o, escuelas *primarias superiores*. Esta complicación es sólo aparente: las categorías esenciales son las escuelas de *párvulos* y las *primarias*. Las *primarias inferiores* son establecimientos mixtos, reservados las regiones de escasa población. Las de *perfeccionamiento* se reducen á cursos complementarios de la enseñanza normal. Las *primarias superiores* son muy pocas, y sólo existen en distritos rurales, para dar una instrucción superior á la media exigida á los niños de las clases agrícolas ú obreras, sin obligarles á abandonar el medio en que viven. En cada distrito, funciona un *Consejo escolar*, compuesto de hombres ó mujeres, elegidos entre las personas que se interesan por los asuntos de la escuela. Hay un inspector de escuelas en cada distrito. Todo depende del ministro de Cultos. En Noruega, la organización difiere en el pormenor administrativo.—En ambos países, la instrucción es obligatoria de 7 á 14 años. En principio, todos tienen que recibir la enseñanza en escuelas oficiales. Se necesita una dispensa para librarse de esta obligación; pero los dispensados, que son muy raros, tienen que sufrir, *todos los años*, un examen en presencia de un miembro del Consejo escolar. La obligación escolar se cumple tan exactamente, que, á la segunda advertencia hecha al padre por la falta de asistencia del hijo, se separa á éste de su familia y se le confía á un tutor, á costa del padre. Puede juzgarse de los resultados por los datos siguientes. De cada 100 individuos sometidos á la ley militar, no saben leer

En Inglaterra	7
En Francia	7,4
En Suecia	0,17

Pero la innovación esencial del sistema escandinavo en la práctica de la enseñanza primaria es el desarrollo del *slöjd*, ó trabajo manual. Esta enseñanza no está organizada por el Estado, sino sólo subvencionada, y varía mucho según los distritos. La forma más usual es la del *slöjd* de la madera, que

comienza por la construcción de tutores para plantas y concluye con la de armarios, consolas, etc. Tienen el *slöjd* del papel, que sirve de introducción al de la madera y reemplaza al trabajo manual más primitivo (media y costura) en el que todos, niños y niñas, se ejercitan en las clases inferiores. El *slöjd* del metal se ha introducido últimamente y está aún poco extendido. El *slöjd* femenino comprende todas las variedades de la costura, hechura de trajes para niños, de ropa interior y corte de prendas. Últimamente, se han establecido las *cocinas escolares*, en que las niñas mismas hacen, bajo la dirección de la maestra, el pan y todos los platos del día.—El personal docente procede de las Escuelas normales, en las que se ingresa entre los 16 y los 25 años, para seguir 4 cursos. El nombramiento de los maestros se hace por la asamblea de la parroquia, á propuesta del Consejo escolar; nada de oposición.—El Estado y el municipio se dividen los gastos: éste da al maestro casa y calefacción, la alimentación para una vaca, ó 100 coronas, y un tercio del sueldo; el Estado contribuye con los otros dos tercios y con dos aumentos á los 5 y los 10 años de servicios. El sueldo mínimo es de 600 coronas (1), en las escuelas rurales; en Estocolmo, de 1.100 á 1.600 coronas para las maestras y de 1.400 á 2.400 para los maestros; en Cristianía, de 900 á 1.500 para las primeras y de 1.400 á 2.600 para los segundos. Las jubilaciones (á los 30 años de servicios y 55 de edad) varían de 500 á 750 coronas; pero la mayor parte de las poblaciones aumentan esas cifras por medio de donaciones.—Por último, la instalación material de las escuelas está minuciosamente estudiada en cuanto á ventilación, calefacción é iluminación, en reglamentos que obligan más estrictamente aún que los programas. En Noruega, se acaba de decidir que *cada* escuela tendrá un médico inspector. El sistema de las *colonias escolares de vacaciones* se desarrolla rápidamente; y en las montañas de Suecia se ha instalado un sanatorio para los niños delicados.

(1) La corona vale 1,40 francos.

JULIO

Segundo Congreso de las «Petites A.», por M. Gabriel Compayré.—Se ha celebrado en Lyon, durante los días 21 y 22 de Mayo último. Estas Asociaciones de antiguos alumnos (*Petites A.*) de las escuelas municipales se han desarrollado rápidamente en Francia: hoy existen más de 3.000, de las cuales más de 800 corresponden al sexo femenino. Su organización varía en cada localidad; fueron primitivamente sociedades de recreo, «de honestas distracciones, en donde los asociados aprendían á conocerse, á estimarse y á divertirse en común;» después, han extendido su acción, en unos sitios, á la enseñanza, ya agrícola, como en los Bajos Alpes, ya geográfica é histórica, como en Lyon; en otros, á la educación física, creando secciones de juego, de excursiones, etc.; en otros, á la educación estética, con secciones de música, ó á la moral, trabajando para combatir el alcoholismo, para propagar las buenas maneras, etc. Esta diversidad de aplicaciones de su actividad da una gran vida á tales asociaciones. Las cuestiones principales de las tratadas en este Congreso se refieren á los medios para asegurar su desarrollo, á los servicios que pueden prestar en lo que concierne á educación, instrucción y extensión universitaria, y á lo que les corresponde hacer en las obras de mutualidad escolar y de patronato.

Las matemáticas primarias y la geometría de Clairaut, por M. A. Rebière.—Da cuenta de una conferencia de M. E. Duclaux sobre la enseñanza primaria de las matemáticas, en la que se critica severamente el método euclidiano, como demasiado abstracto, por prescindir del uso de instrumentos, por refugiarse en el dominio de la razón pura y por complicar inútilmente una enseñanza que debe y puede ser muy sencilla. Hay que volver á la realidad de las cosas, poner en manos del alumno una regla, en cuanto sepa lo que es la línea recta, un compás, en cuanto vea la circunferencia, una escuadra, en cuanto conozca el ángulo recto, y un transportador en cuanto haya definido el ángulo, y después dejar mucho á su iniciativa. Ya hubo, á mediados del siglo XVIII, quien escribió unos elementos de Geometría en este

sentido, el matemático Clairaut. El método de enseñanza de este libro es el que quiere resucitar el autor para los alumnos de las escuelas primarias superiores, reservando la geometría euclidiana para el grado normal.

El Congreso de enseñanza comercial, por M. Félix Martel.—El sexto Congreso internacional de enseñanza técnica se ha reunido este año en Venecia, del 4 al 9 de Mayo. Entre los votos emitidos, figuran el de que la enseñanza comercial media ó secundaria deba formar jóvenes inmediatamente utilizables en el comercio; el de que los profesores de lenguas extranjeras se sirvan en su enseñanza de la lengua enseñada, más que de la materna; el de que se fije la significación de los términos comerciales en cada país y se asegure su traducción exacta, etcétera, etc.

Conversaciones históricas, por M. H. Vast.—Crítica de los últimos trabajos publicados por MM. Chuquet, Masson y Houssaye, sobre Napoleón I.

Revista de la prensa, por M. P.

Los libros.—Exposición breve y crítica de los libros: *Histoire économique de la propriété, des salaires, des denrées et de tous les prix en général depuis l'an 1200 jusqu'à l'an 1800*, por M. G. d' Avenel, y de *Les arrêts du Conseil supérieur de l'instruction publique de 1887 à 1889*, por Henri Schmit.

Crónica de la enseñanza primaria en Francia.—Discurso de M. Bayet en el VII Congreso internacional contra el alcoholismo.—Circular del Gobernador general de Madagascar relativa á la organización de la enseñanza primaria.

Revista del extranjero: Países Bajos, por M. G. Lefèvre.—La escuela en los Países Bajos depende de los municipios, á los que incumbe el pago del personal y del material. El Estado contribuye con una subvención de 30 por 100. Bien es verdad que la facultad de percibir las retribuciones escolares, proporcionadas á la situación de las familias, y de las que están exentos los pobres, aligera la carga.—La ley de 13 de Agosto de 1857 determina que la instrucción primaria pública no tiene carácter alguno confesional (art. 16) y que la enseñanza religiosa puede darse á los niños en la misma

escuela por los ministros de los diferentes cultos (art. 22). Todo ataque contra las ideas religiosas está severamente prohibido (artículo 33). Por la ley de 17 de Agosto de 1878, las escuelas sostenidas por el municipio no eran las únicas oficiales; bastaba para que una escuela privada ascendiese á aquel rango, que recibiese un subsidio, por pequeño que fuese, de los fondos públicos. Esta disposición, al parecer tan poco importante, fué un golpe grave contra la neutralidad escolar, porque una escuela privada subvencionada podía hacerse pública sin dejar de ser confesional. Esto fué sólo un preludio; algo después, y gracias á la coalición de los protestantes ortodoxos y de los católicos, se votó la ley de 8 de Diciembre de 1899, en la que recibieron aquellas reglas del 78 su sanción financiera y práctica, haciendo participar á las escuelas confesionales de los subsidios del Estado y reduciendo estos subsidios.—La asistencia á la escuela es obligatoria, salvo para los niños que reciben educación en su casa. La edad escolar es de 7 á 13 años. Los gastos de la enseñanza primaria ascienden á 30.948.330 frs., de los cuales pagan los municipios 18.040.050, y el Estado 12.908.280.—Los gastos para la construcción de nuevas escuelas han sido muy elevados en estos últimos años. Las nuevas construcciones son en general muy apropiadas á su destino. La altura de las clases no es menor de 4^m,5; la superficie está calculada á razón de 0^m2,8 por alumno, de modo que el aire correspondiente á cada uno es por lo menos de 3^m3,6. Están bien iluminadas y bien ventiladas. El programa de la enseñanza abraza la lectura, escritura, elementos de lengua holandesa, historia nacional, geografía, ciencias naturales y canto; las niñas deben aprender además los trabajos manuales necesarios en una casa. La ley de 1889 suprimió una materia, las nociones elementales de las formas geométricas, y ha hecho, en cambio, obligatorias la gimnasia y el dibujo. La escritura vertical se propaga rápidamente y también se extiende mucho el método modal en la enseñanza de la música. Los paseos y las excursiones escolares, así como la práctica tan recomendable de los baños, ganan de

día en día mayor favor en el público.—La inspección está ejercida por 94 inspectores de departamento, subordinados á los 25 inspectores de distrito, dependientes á su vez de tres inspectores principales.—La ley del 57 impone al Estado la obligación de fundar y mantener escuelas normales; pero una disposición de la ley de 1889 estableció el medio de procurarse maestros sin pedirlos á las escuelas normales, concediendo una indemnización por alumno á las escuelas normales privadas: lo cual se hizo con el pretexto de aligerar las cargas del Estado, que podía de este modo cerrar algunas normales públicas, por innecesarias. Se cerraron éstas; pero los gastos aumentaron por la multiplicación de las indemnizaciones. La educación de los maestros cuesta ahora más cara y no ofrece las mismas garantías.—Las escuelas públicas constan de un director, auxiliado de un maestro, si tiene más de 40 alumnos, de dos si llega á 91, y de otro maestro más por cada nuevo grupo de 55 alumnos. En cuanto al sueldo, está distribuido del siguiente modo:

Maestros directores.

Con 1.470 francos	á 2.099 fr.	1.907	mtros.
» 2.100	» á 2.939	602	»
» 2.940	» á 3.089	373	»
» 3.900	» á 5.939	175	»
» 5.040	» á 5.668	27	»

Maestros.

Con 840 francos	á 1.049 frs.	882	mtros.
» 1.050	» á 1.469	5.388	»
» 1.470	» á 2.099	2.799	»
» 2.100	» á 2.519	696	»
» 2.520	» á 2.939	284	»
» 2.940	» á 3.358	230	»

La obra de la escuela se completa por las *escuelas de repetición* y por las *escuelas nocturnas*.—Los holandeses clasifican los gimnasios entre las escuelas superiores y hacen entrar en la segunda enseñanza gran número de establecimientos de diferentes tipos. Las escuelas burguesas (*burgherschol*), en número de 38, y las escuelas burguesas superiores (*hoogere burgerscholen*), en número de 63 para niños y 12 para niñas, son or

(1) Y á las *Bürgerschulen* de Alemania.—N. de la R.

ganizaciones semejantes á la enseñanza primaria superior francesa.—Las escuelas *industriales y de dibujo* son 53, con 6.560 alumnos. En las escuelas *profesionales* propiamente dichas, 2.496 alumnos aprendices se preparan para diversos oficios. La escuela real de *agricultura* cuenta 244 alumnos. Por último, se han fundado institutos para la educación *de sordomudos y ciegos* en Rotterdam, Amsterdam, Groninga y Saint-Michielsgestel.—R. RUBIO.

ENCICLOPEDIA

DOÑA CONCEPCIÓN ARENAL Y SUS OBRAS

por D. Adolfo Posada (1), C. A.

Catedrático en la Universidad de Oviedo.

Pocos ejemplos podrían citarse en favor de las reivindicaciones del moderno feminismo como el de la insigne escritora y santa mujer que España perdió el 4 de Febrero de 1893; como doña Concepción Arenal. *Tipo rarísimo de mujer*, la ha llamado en recientes y entusiastas artículos una escritora portuguesa, que firma con el pseudónimo de *Cil* (2), y lo era sin duda; porque, dadas las condiciones en que actualmente tiene que producirse en España una mujer de las aspiraciones, de los gustos y de la significación de la señora Arenal, tiene que ser, en verdad, un ejemplar rarísimo. Pero por esto mismo, por los alientos y por la personalidad que una mujer necesita para vencer los obstáculos que un medio totalmente contrario y mil preocupaciones sociales oponen á su expansión natural, tan rarísimo tipo del sexo femenino es el argumento vivo más concluyente en pro de la igualdad fundamental de naturaleza psicológica y de condiciones humanas que el feminismo proclama por encima de las diferencias fisiológicas del sexo.

Porque, como vamos á ver, ofrece la insigne española el más equilibrado conjunto

(1) Artículo publicado, con algunas modificaciones, en la *Revue de Morale Sociale*, de Ginebra.—(N. de la R.)

(2) Publicados en la *Vanguardia*, periódico de Lisboa, en los números del 2 y del 7 de Noviembre de 1898.

de aptitudes que la preocupación *misonetista* dominante atribuye á los dos sexos separadamente, y de cuya diferenciación arranca la doble moral, la distribución arbitraria de las funciones sociales entre el varón y la mujer, la hegemonía brutal del primero, la esclavitud de la segunda, con todas las consecuencias legales, políticas é *inmorales* que eso supone.

Doña Concepción Arenal fué una mujer en toda la extensión de la palabra: *mujer de su casa*, esposa modelo, madre cariñosa adornada con todos los encantos morales que la condición *femenina* más elevada é ideal ofrece; y además, doña Concepción fué todo cuanto puede ser el hombre de más alientos, de más energías en punto á las manifestaciones de una acción social, y en cosas, aficiones é influjos, que es corriente considerar como impropias del talento femenino y muy propias del varón fuerte.

El estudio de este carácter singularísimo, hecho sobre los datos que acerca de él he podido reunir, y con los que sus obras procuran, demostrará lo que dejo dicho.

I

No he conocido personalmente á la señora Arenal; pero he hablado tanto de ella con personas que la trataban con intimidad, y en quienes podía advertirse su hermoso influjo; he intentado tantas veces analizar, para mí solo, su carácter bellissimo en los reflejos que su amistad producía en aquellas personas á que aludo, reflejos confirmados en sus numerosos libros, que quizá es doña Concepción Arenal una de las personalidades que creo imaginarme por dentro de una manera más exacta y viva.

Y es que, además, para hablar de doña Concepción Arenal, más que al dato biográfico que los diccionarios al uso registran, es necesario dirigir la indagación á su alma, á su espíritu y á las manifestaciones afectivas que de su vida, sin graves accidentes externos, sin acontecimientos ruidosos, irradian.

La señora Arenal, en verdad, apenas tiene *biografía*, es decir, *biografía pública*. He repasado algunas de las biografías escritas

sobre esta insigne mujer (1), y todo lo que he podido recoger es bien poca cosa. Que doña Concepción Arenal nació en el Ferrol (Galicia), el 30 de Enero de 1820; que en 1864, cosa verdaderamente extraordinaria, el Ministro Sr. Bahamonde la nombró Inspectora de cárceles de mujeres, cargo del que fué separada poco después (2); que se la consultó á veces por los Gobiernos—especialmente durante la República, 1873—acerca de la reforma de nuestro régimen penitenciario (3), formando parte de la Comisión de Códigos, sección de derecho penal (4); que en 1870 fundó un periódico titulado *La Voz de la Caridad*, que vivió catorce años, insertando en él *cuatrocientos sesenta y cuatro* artículos suyos (5); que fundó, en compañía de otras caritativas damas, una sociedad de señoras, la cual se proponía el laudabilísimo fin de visitar á las presas (6); que vió premiadas algunas de sus obras por altas corporaciones científicas; que colaboró en las principales revistas españolas, siendo muy solicitada su pluma (7)... y poco más.

Dice muy bien el Sr. Salillas: «Las biografías de doña Concepción Arenal son tan pobres, que parecen hojas de servicios in-

(1) *Doña Concepción Arenal*, por Pedro Dorado; publicado en *La Nueva Ciencia Jurídica*, I, 1892.—*Doña Concepción Arenal y la ciencia penitenciaria*, por R. Salillas, 1893.—*Doña Concepción Arenal en el derecho y en la sociología*, por G. de Azcarate, 1893.—*Doña Concepción Arenal en la literatura española*, por A. Sánchez Moguel, 1893.—*Doña Concepción Arenal*, por P. Armengol y Cornet, 1893.—Sesión celebrada en honor de doña Concepción Arenal por la Real Academia de Jurisprudencia en 8 de Marzo de 1893; trabajos de los Sres. Cánovas del Castillo, Cos-Gayón y González Rothwos.—*Doña Concepción Arenal, notizie biografiche*, por el profesor A. Foli, Roma, 1887.—Jacques de Coussanges, *Doña Concepción Arenal à l'occasion du V. Congrès pénitentiaire international. Revue du Revues*, I Julio 1895.—*Doña Concepción Arenal*, por Joaquín Sama, 1893.

(2) La señora Arenal se duele en una carta dirigida al Sr. Monasterio de la forma cómo se la dejó cesante. (V. Salillas, ob. cit., pág. 49.)

(3) Salillas, íd., pág. 50.

(4) Dorado, art. cit.

(5) Azcarate, ob. cit., pág. 59.

(6) Foli, biografía cit.

(7) La señora Arenal colaboró (aparte *La Voz de la Caridad*) en *La España Moderna*, *Revista de España*, BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA, *Revista de Legislación*, *La Nueva Ciencia Jurídica*, etc., además de muchos diarios.

completas.» Y no puede ser de otro modo. «Un natural modesto, una vida de intimidades, un retiro casi campestre, un pudor de santa, no tientan la curiosidad. Para ser biografiado, hay que darse al mundo, exhibirse y enseñarse de alguna manera (1).» Todo lo que puede decirse de esta mujer enérgica, que hubo de vencer mil obstáculos íntimos para atender á un hogar modestísimo en su juventud, y á la vez cultivar su inteligencia, lo resume con frase elocuente el Sr. Sánchez Moguel: «Sin padre á los ocho años de edad, viuda á los pocos de su único matrimonio, entregada á sí misma, y por sí misma iniciada y formada en el estudio y el trabajo; probada por todas las desgracias y dolores; consagrada en exclusivo al amor de sus hijos, á la cultura y elevación de su alma y al bien de sus semejantes, con sus acciones y sus escritos; visitadora de presos y de pobres, hermana de la caridad al frente del hospital de Cenicero, en los días tristes de las discordias civiles, reclusa en su juventud y en su vejez en un rincón de provincia... Concepción Arenal pasó por la tierra sembrando por todas partes la santa semilla de la bondad y del consuelo (2).» «En la familia, escribe la portuguesa *Cil*, realizó un tipo modelo... Lo que fué como madre, revélase bien en la tierna devoción con que idolatra su memoria su único hijo hoy vivo, D. Fernando.» «Bien puede asegurarse, dice por último el insigne maestro Azcarate, que era una *mujer genial*, y además una *santa mujer*, un tipo hermoso de *belleza moral* (3).»

II

Fuera ya de esos datos, lo que importa considerar, y lo que en público puede apreciarse en la señora Arenal, está en sus obras, en su labor de escritora fecundísima. Doña Concepción Arenal, sociólogo, por lo ampliamente que abarca el conjunto enciclopédico de las ciencias llamadas morales y políticas, escribió mucho, todo bueno, útil, docente, algo admirable, de alcance indiscutible, de valor definitivo. Le debe, en

(1) Lugar cit., pág. 3.

(2) Ob. cit., págs. 7-8.

(3) Loc. cit., pág. 84.

verdad, la ciencia española contemporánea no pocas de sus mejores páginas, por lo menos, páginas en las cuales se expresan, con vigor no superado, las hondas preocupaciones morales y sociales de la época presente.

Bastará copiar los títulos de las obras publicadas por doña Concepción Arenal, para darse cuenta de la enorme cantidad de pensamiento por ella difundido con la pluma: He aquí la lista: *El visitador del pobre; La beneficencia, la filantropía y la caridad; Cartas á los delincuentes; La mujer del porvenir; A todos; La mujer de su casa; Estudios penitenciarios* (dos tomos); *Cartas á un obrero y cartas á un señor* (dos tomos); *Ensayo sobre el derecho de gentes; Las colonias penales en la Australia y la pena de deportación; La instrucción del pueblo; El derecho de gracia; El reo, el pueblo y el verdugo; El visitador del preso; Informes penitenciarios; El pauperismo* (dos tomos); *Memoria sobre la igualdad; Observaciones sobre «La educación física, intelectual y moral» de Herbert Spencer; La instrucción del obrero; La educación de la mujer.* Estos trabajos hállanse actualmente distribuidos en los diecisiete tomos publicados hasta ahora de la edición de sus *Obras completas*. Pero aún quedan por publicar, como trabajos de carácter social y político, *Qué quieren los republicanos; La voz que clama en el desierto; A los vencedores y á los vencidos; Cuadros de la guerra*, con más, varios otros críticos y literarios: *Juicio de las obras del P. Feijóo; El realismo y la realidad en las bellas artes; Fábulas en verso; Apelación al público, etc., etc.* (1).»

No cabe, pues, poner en duda la fecunda, variada, rica y compleja labor de la escritora española. Del valor científico de estos trabajos, mucho se puede decir, y algo diremos más abajo, al exponer las ideas de la señora Arenal. Pero, antes, conviene saber que, aun cuando en vida no alcanzó acaso doña Concepción la notoriedad merecida y no se divulgó su nombre todo lo que debiera, quizá por no ser persona ganosa de

formarse una reputación y de hacer ruido, es lo cierto que muchos y muy eminentes hombres de ciencia tributaron á la insigne autora los elogios de que era digna. Un sociólogo tan ilustre, político de primera fila, como el Sr. Azcárate, ha dicho de doña Concepción Arenal lo siguiente: «Véanse los libros de ésta; bórrese de la portada el nombre de la autora; compárense con los análogos dados á la imprenta, y dígasenos si en nuestra patria hay alguno de psicología experimental que iguale al *Manual del visitador del pobre* ó al *Manual del visitador del preso*; si hay alguno, que se ocupe en materia penal, que se acerque á los *Estudios penitenciarios...* (1)» «¿Qué supone todo esto? dice mi entrañable amigo el criminólogo Pedro Dorado, refiriéndose á las obras de doña Concepción. Una inteligencia poderosísima (2).» Y no sólo juzgan así á esta escritora los españoles, sino también los extranjeros. En un artículo publicado en la *Revue de discipline carceraire*, acerca de la señora Arenal, se dice: «Entre los modernos cultivadores de las disciplinas penitenciarias, merece especial mención la insigne escritora doña Concepción Arenal; inteligencia de primer orden, á quien se debe una multitud de importantes publicaciones, y que en nuestros días ha sido la más fervorosa é implacable promovedora de la reforma de las prisiones en España (3).» El gran criminalista Röder, examinando un opúsculo de nuestra compatriota, reconocía en ella «una originalidad y una elevación de ideas tal, que la colocan al nivel de los más eminentes pensadores de Europa (4);» el célebre doctor Wines, decía, hablando en un libro suyo (5) de doña Concepción: «La señora Arenal es una mujer de inteligencia vigorosa y extraordinaria, y de una grandísima autoridad moral y social en su país; consagra su vida al estudio de las cuestiones sociales, especialmente en cuanto se refieren á la represión y á la prevención

(1) Debo gran parte de los datos sobre doña Concepción Arenal á mi amigo D. Pedro Blanco, á quien desde aquí envío testimonio de reconocimiento.

(1) Ob. cit., p. 7.

(2) Artículo citado.

(3) Foli, loc. cit.

(4) Citado por M. Foli.

(5) *State of Prisons and Child-saving Institutes in the civilized world.*

del delito. En esta materia, la señora Arenal es una autoridad, no sólo en su país, sino en Europa.» Por último, ha de añadirse la indicación, bien significativa, de que algunos de sus libros han sido traducidos al francés, al alemán, al inglés, al italiano y al polaco.

(Se continuará).

INSTITUCIÓN

EXCURSIONES A PIE DESDE MADRID

CORPORACIÓN DE ANTIGUOS ALUMNOS

I

Excursión á Cercedilla, La Granja, El Paular, Miraflores, Manzanares y Villalba (5 días).

Primer día.—Salida de Madrid, 6 t., en el ferrocarril. Llegada al pueblo de Cercedilla, 9 n. A parar en casa de la señora Eusebia, 4 ó 5 camas. Regular: 3 ptas.

Segundo día.—Salida de Cercedilla, 9 mañana, por el camino alto del pueblo, á las Dehesas. Llegada á éstas, 10,30. Subida al Puerto de la Fuenfría, por la antigua calzada; camino regular. Desde el segundo puente, atajo entre el arroyo y la calzada. Llegada al puerto, 12 m. Camino desde Cercedilla, 6 á 8 k. Desde el puerto, se ve, á la derecha, el puerto del Paular, las peñas de las Dos Hermanas y Peña Lara; á la izquierda, Montón de Trigo y el Cerro de Matabueyes. Toda la parte baja, pinares. Vista, espléndida. Bajada por la vertiente Norte. Sigue la calzada á la izquierda. Llegada á la Fuente Fría (3 á 4 k.), 1,45 t. Almuerzo. Dos caminos: el de la izquierda, por la Cruz de la Gallega y la Fuente del Pájaro, á La Granja; el de la derecha, á enlazar en la Venta de los Mosquitos con la carretera de Villalba á La Granja y Segovia. Salida por el segundo. Llegada á la Venta (4 k.), 4 t. A Valsain, 6 t. A La Granja (11 k.) 7 t. En Casa de las Torneras; servicio, hoy, poco recomendable: 5 ptas. Visita al Palacio y los jardines.

Tercer día.—Salida de La Granja, 9 mañana: por la calle de los Baños y puerta del Campo; sigase la tapia de los jardines, á tomar el camino de herradura que sale á la izquierda, pasadas unas chozas de madera.

(El que sigue hacia la derecha va á los pinares.) Camino malo. Llegada al puerto del Reventón, 12 m. Un poco antes de la llegada al puerto, se ve, al Norte, la meseta de Castilla la Vieja, con algunos pueblos; sobresalen La Granja y Segovia. A los 15 minutos de bajada hacia El Paular, se ve éste y Lozoya; y un poco después, todos los pueblos del Valle: El Paular, Rascafría, Oteruelo, Alameda, Pinilla y Lozoya. Nieve, durante hora y media. Distancia aproximada desde La Granja: 6 á 8 k. Almuerzo en el puerto. Salida, 2 t. Bajada sin dejar el camino. Se ve El Paular casi constantemente. Llegada al monasterio, 5 t. Distancia del puerto: de 8 á 9 k. Véase, en el monasterio, claustro é iglesia (rejas, retablo, *Sancta Sanctorum* y capillas). Hospedaje en casa del portero, Leandro García. Buen trato y barato: 2,50 ptas.

Cuarto día.—Salida del Paular: 9 m. Tómese el camino que sale frente á la portería, atravesando el Lozoya por los jardines de la fábrica de papel. Después, hay que tomar el camino de la izquierda que faldea por el lado Sur la pequeña estribación que va desde el puerto de la Morcuera hasta la altura del Paular. Camino largo y pesado: 10 á 12 kilómetros. Llegada á la Morcuera, 1,30. Almuerzo. Sólo se encuentra agua media hora antes del puerto (Fuente de los Gallegos). Salida del puerto, 2,30 t. Tómese siempre el camino más próximo al arroyo, por la orilla derecha. Llegada á Miraflores de la Sierra: 4 t. Iglesia del siglo XVI, sin importancia: nada más que ver. Hospedaje: Café del Alamo. Buen trato. Está en construcción una carretera á Rascafría.

Quinto día.—Salida de Miraflores 8 m. por la carretera, á Chozas (6 k.). Desde Chozas, camino carretero á Manzanares, por la cañada de ganados, 5 kilómetros y medio. Véase en Manzanares el castillo (1). Salida, 1 t., por la carretera, á Cerceda. Desde ésta, camino viejo á Moralzarzal (está en construcción la carretera). Desde Moralzarzal, carretera por Collado-Villalba á la estación de Villalba. Distancia desde Manzanares, unos 19 k.—(Concluirá.)

(1) Véase el itinerario de Madrid á Manzanares.